

Nómadas

HÉLÈNE CIXOUS

LA LLEGADA A LA ESCRITURA

Amorrortu/editores

La llegada a la escritura





La llegada a la escritura

Hélène Cixous

Amorrortu editores
Buenos Aires - Madrid

Colección Nómadas

La venue à l'écriture, en *Entre l'écriture*, Hélène Cixous

© Éditions des femmes - Antoinette Fouque, París, 1986

Traducción: Irene Agoff

Primera edición, 2006; primera reimpresión, 2015; segunda reim-
presión, 2022. Primera edición en Argentina, 2022.

© Todos los derechos de la edición en castellano reservados por
Amorrortu editores España S.L., C/López de Hoyos 15, 3º izquierda -
28006 Madrid

Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7º piso - C1057AAS Buenos
Aires

www.amorrortueditores.com

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o mo-
dificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, in-
cluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de
almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por
los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley nº 11.723

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN978-950-518-678-5 (Argentina)

ISBN 978-84-610-9012-9 (España)

Cixous, Hélène

La llegada a la escritura. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Amorrortu, 2022.

96 p. ; 20x12 cm. - (Colección Nómadas)

Traducción de: Irene Agoff

ISBN 978-950-518-678-5 (Argentina)

ISBN 978-84-610-9012-9 (España)

1. Teoría literaria. Filosofía de la literatura. I. Agoff, Irene,
trad. II. Título

CDD 801

Impreso en los Talleres Gráficos MPS S.R.L., Sgo. del Estero 338,
Lanús Oeste, provincia de Buenos Aires, en septiembre de 2022.

Índice general

- 15 Letras del Quién-Vive
- 19 Matan a una muchacha
- 20 ¿Cómo habría yo escrito?
- 32 Enfantasmas
- 32 Su boca
- 55 Confesión
- 57 Renésima Conferencia sobre
la Infiminidad
- 59 ¡Y sin embargo ella escribe!



Al principio, adoré. Lo que adoraba era humano. No personas; no totalidades, no seres denominados y delimitados. Sino signos. Parpadeos de ser que me impactaban, que me incendiaban. Fulguraciones que llegaban a mí: ¡Mira! Yo me abrasaba. Y el signo se retiraba. Desaparecía. Mientras yo ardía y me consumía entera. Lo que me sucedía, poderosamente lanzado desde un cuerpo humano, era la Belleza: había un rostro, en él estaban inscriptos, guardados, todos los misterios, yo estaba delante, presentía que había un más allá al que no tenía acceso, un allá sin límites, la mirada me oprimía, me impedía entrar, yo estaba afuera, en acecho animal. Un deseo buscaba su morada. Yo era ese deseo. Yo era la pregunta. Destino extraño de la pregunta: buscar, perseguir las respuestas que la calmen, que la anulen. Si algo la anima, la eleva, la incita a plantearse, es la impresión de que el otro está allí, muy cerca, existe, muy lejos, de que en algún lugar en el mundo, una vez cruzada la puerta, está la cara que promete, la respuesta por la cual

uno continúa moviéndose, a causa de la cual uno no puede descansar, por amor a la cual uno se contiene de renunciar, de dejarse llevar; a muerte. ¡Qué desgracia, empero, si la pregunta llegara a encontrar *su* respuesta! ¡Su fin!

Adoré el Rostro. La sonrisa. La cara que hace mi día y mi noche. La sonrisa me tenía a raya, en éxtasis. En terror. El mundo edificado, iluminado, aniquilado por un estremecerse de esa cara. Ese rostro no es una metáfora. Cara, espacio, estructura. Lugar de todos los rostros que me dan nacimientos, que detentan mis vidas. Lo vi, lo leí, lo contemplé, hasta perderme en él. ¿Cuántas caras para el rostro? Más de una. Tres, cuatro, pero siempre la única, y la única siempre más de una.

Lo *leí*: el rostro significaba. Y cada signo indicaba un nuevo camino. Camino a seguir, para acercarse al sentido. El Rostro me susurraba algo, me hablaba, me llamaba a hablar, a descifrar todos los nombres que lo rodeaban, lo evocaban, lo rozaban, lo hacían aparecer. Él volvía las cosas visibles y legibles; como si estuviera convenido que, aunque la luz se alejara, las cosas que ella había iluminado no desaparecerían, lo que ella había tocado se quedaría, no cesaría de estar aquí, de brillar, de dejarse aún ser tomado por el nombre.

Desde que viví, lo recuerdo con un dolor que no cede, temblé; temí la separación; imaginé la muerte. La veía obrar, adivinaba su codicia, su constancia, y que nada vivo podría escapársele. La vi lastimar, paralizar, desfigurar, masacrar, desde que mis ojos miraron. Descubrí que el Rostro era mortal, que a cada instante tendría que rescatarlo violentamente de la Nada. No adoré lo-que-va-a-desaparecer; para mí el amor no está ligado a la condición de la mortalidad. No. Amé. Tuve miedo. Tengo miedo. A causa del miedo reforcé el amor, alerté a todas las fuerzas de la vida, armé al amor, con alma y con palabras, para impedir que ganara la muerte. Amar: conservar vivo: nombrar.

El rostro primitivo fue el de mi madre. Su cara podía a voluntad darme la vista, la vida, quitármelas. A causa de la pasión por el primer rostro, durante mucho tiempo esperé la muerte por ese lado. Con la ferocidad de un animal, no quitaba la vista de mi madre. Cálculo erróneo. En el tablero yo mimaba a la dama, y el que cayó fue el rey.

Escribir: para no dejarle el lugar al muerto, para hacer retroceder al olvido, para no dejarse sorprender jamás por el abismo. Para no resignarse ni consolarse nunca, para no volverse nunca hacia la pared en la cama y dormirse como si nada hubiera pasado; nada podía pasar.

Tal vez nunca escribí más que para obtener la gracia del Rostro. A causa de la desaparición. Para afrontar sin cesar el misterio, el del *está-no-está*. El de lo visible y lo invisible. Para luchar contra la ley que dice: «No te harás imagen tallada, ni ninguna figura de lo que está arriba en el cielo o de lo que está abajo sobre la tierra, o de lo que está en las aguas, o de lo que está por debajo de la tierra». Contra el edicto de ceguera. A menudo perdí la vista; y no acabaré de tallarme la imagen. Mi escritura mira. Con los ojos cerrados.

Quieres tener. Quieres todo. Pero al ser humano no le está permitido tener. Tener todo. Y a la mujer, ni siquiera le está permitida la esperanza de tener todo lo que un ser humano puede tener. Hay tantas fronteras, y tantas murallas, y en el interior de las murallas, otras murallas. Bastiones en los cuales, una mañana, me despierto condenada. Ciudades en las que se me aísla, cuarentenas, jaulas, casas de «salud», he ido allí muchas veces, mis tumbas, mis mazmorras corporales, la tierra llena de lugares de reclusión para mí. El cuerpo al calabozo, el espíritu al silencio. Períodos de prisión: cuando estoy en ella, la pena es en verdad de una extensión y una naturaleza imprevisibles. Pero en ella me siento, al fin y al cabo, «como en casa». Lo que no

puedes tener, lo que no puedes tocar, olfatear, acariciar, trata por lo menos de verlo. Yo quiero ver: todo.

No hay Tierra Prometida a la cual no llegue algún día. Ver lo que (no) se tendrá nunca. Tal vez he escrito para ver; para tener lo que nunca hubiera tenido; para que tener no fuese privilegio de la mano que toma y aprieta; la garganta, el estómago. Sino de la mano que señala con el dedo, con dedos que ven, que dibujan, con puntas de dedos que hacen sus trazos bajo el dulce dictado de la visión. Desde el punto de vista del ojo de alma. El ojo dama.* Desde el punto de vista de lo Absoluto; en el sentido propio de esta palabra: la separación.

Escribir para tocar letras, labios, soplo, para acariciar con la lengua, lamer con el alma, saborear la sangre del cuerpo amado; de la vida alejada; para saturar de deseo la distancia; a fin de que ella no te lea.

¿Tener? Un tener sin límites, sin restricción; pero sin ningún «depósito», un tener que no retiene, que no posee, un tener-amor, el que se sos-

* Homofonía entre *œil d'âme* y *œil dame*, donde *dame* puede ser tanto el sustantivo «dama» como el verbo *damer*, «hacer dama» (en el juego de damas o de ajedrez). (N. de la T.)

tiene de amar, en la sangre-relación.* Date, entonces, lo que querrías que Dios-si-existiera te diese.

¿Quién puede definir lo que quiere decir «tener»?; ¿dónde sucede el vivir?; ¿dónde se asegura el gozar?

Este es el punto: cuando la separación no separa; cuando se vivifica la ausencia rescatándola del silencio, de la inmovilidad. En el asalto del amor sobre la nada. Mi voz rechaza la muerte; mi muerte; tu muerte; mi voz es mi otro. Yo escribo y tú no estás muerto. Si escribo, el otro está a salvo.

La escritura es buena: es lo que no termina nunca. En mí circula el otro más simple, el más seguro. Como la sangre: de eso no se carece. Puede empobrecerse. Pero tú la fabricas y la renuevas. En mí la palabra de la sangre, que no cesará antes de mi fin.

Primero escribí en verdad para cerrarle el paso a la muerte. A causa de un muerto. La más cruel, la que no perdona nada, la irreparable. Se trata de esto: tú mueres mientras yo no estoy ahí. Mientras Isolda no está ahí, Tristán se vuelve hacia el muro y se muere. Lo que pasa entre

* Juego homofónico implícito entre *sang-rapport* y *sans rapport*, «sin relación». (N. de la T.)

ese cuerpo y ese muro, lo que no pasa, me traspasa de dolor, me hace escribir. Necesidad del Rostro: de pasar el muro, de desgarrar la vela negra. De ver con mis ojos lo que pierdo; de mirar la pérdida en los ojos. Quiero ver con mis ojos la desaparición. Lo intolerable es que la muerte no tenga lugar, que me sea sustraída. Que no pueda vivirla, tomarla en mis brazos, gozar sobre su boca del último suspiro.

Escribo el todavía. Todavía aquí, escribo vida.* La vida: lo que toca a la muerte; escribo muy contra ellas mis

Letras del Quién-Vive:

Decir, para atenuarla, la fragilidad de la vida, el temblor del pensamiento que osa querer apresarla, girar alrededor de la trampa que la vida te tiende cada vez que haces la pregunta que la muerte te susurra, la pregunta diabólica: «¿Por qué vivir? ¿Por qué yo?». Como si fuese la muerte la que quisiera comprender a la vida. La pre-

* Probables juegos de homofonías. *J'écris l'encore* («Escribo el todavía») suena muy próximo a *J'écris là encore*: «Escribo ahí todavía». *J'écris vie* («Escribo vida») es homofónico de *J'écrivis*: «Escribí». (N. de la T.)

gunta más peligrosa: pues amenaza erigirse, igual que la lápida sepulcral, en el momento en que no tienes «razón» para vivir. Vivir, estar vivo, o más bien no encontrarse abierto a la muerte es no estar en la situación en que esa pregunta resulta inminente. Para decirlo más claro: se vive siempre *sin* razón; y vivir es eso, es vivir sin-razón, por nada, a merced del tiempo. Es la no-razón, una verdadera locura, si lo pensamos. Pero no lo pensamos. En cuanto algo del «pensamiento», de la «razón», se introduce en las cercanías de la vida, hay motivos para volverse loca.

Escribir impide que la pregunta que ataca a la vida llegue. No te preguntes: ¿por qué. . .? En cuanto llama la pregunta por el sentido, todo tiembla.

Se nace; se vive; todo el mundo lo hace, con fuerza de ceguera animal. Ay de ti si quieres tener la mirada humana, si quieres saber lo que te sucede.

Locas: las que son obligadas a re-hacer acto de nacimiento todos los días. Pienso: nada me está dado. No he nacido de una vez para siempre. Escribir, soñar, parirse, ser yo misma mi hija de cada día. Afirmación de una fuerza interior capaz de mirar la vida sin morirse de miedo, y sobre todo de mirarse uno mismo, como si fue-

ras a la vez el otro, — indispensable para el amor — y nada más ni menos que yo.

Tengo miedo: de que la vida se vuelva extraña. De que ya no sea esa cosa de nada que adquiere sentido inmediatamente en mi cuerpo, pero que, fuera de mí, me rodea y me apremia con Su pregunta; que pase a ser el enigma, la sin-razón, la tirada de dado; el golpe de gracia.

Terror: la sentencia de vida, la sentencia de muerte: Terror de todo niño. Hacerse adulto es quizá no preguntarse más de dónde se viene, a dónde se va, quién ser. ¿Alejar el pasado, apartar el futuro? ¿Poner la Historia en lugar tuyo? Quizá. ¿Pero qué mujer está a salvo de la interrogación? ¿No te preguntas acaso, también tú: quién soy, quién habré sido, por qué-yó, por qué-no-yo? ¿No tiembles de incertidumbre? ¿No estás, como yo, pugnando sin cesar para no caer en la trampa? Lo cual significa que estás ya en la trampa, pues el miedo a dudar es ya la duda que temes. ¿Y por qué no me deja en paz la pregunta del por qué-soy? ¿Por qué me hace perder el equilibrio? ¿Qué relación tiene con mi ser-mujer? A mi juicio, la escena social te fuerza a esa pregunta; la Historia te condena a ella; si quieres crecer, avanzar, ampliar tu alma, gozar hasta el infinito de tus cuerpos, de tus bienes, ¿dón-

de te pondrás? Eres, tú también, judimujer,* menuda, diminutiva, ratón entre el pueblo de los ratones, condenada a temer al enorme gato malo. A la diáspora de tus deseos; a los desiertos íntimos. Y si creces, tu desierto crece también. Si sales del agujero, el mundo te hace saber que no hay sitio entre sus layas para tu especie.

— ¿Por qué me has traído al mundo, si en él no me encuentro?

A quién hacerle esta pregunta, ni lo sabes.

A veces pienso que empecé a escribir para dar lugar a la pregunta errante que me asedia el alma y me tritura y me taja el cuerpo; para darle suelo y tiempo; para desviar su filo de mi carne; para dar, buscar, llamar, tocar, traer al mundo un nuevo ser que no me ate, que no me expulse, que no perezca de estrechez.

A causa del sueño siguiente:

Mi rechazo de la enfermedad como arma. Hay una incluso que me horroriza. ¿No está muerta ya? Hecha polvo. Temo su muerte. Ahí, en esa gran cama. Triste, espantosamente. Su enfermedad: el cáncer. Una mano enferma. Ella misma es la enfermedad. ¿La salvarás cortándola-

* En el original, *juifemme*, neologismo de doble lectura: condensación de *juif*, «judío», y *femme*, «mujer»; escritura posible de la contracción coloquial de *je suis femme*, «soy mujer». (N. de la T.)

le la mano? Remonta el atroz, el angustiante asco, no de la muerte, sino de la condena, del trabajo de la enfermedad. Todo mi ser está convulsionado. Dile lo que hay que decir: «Tienes dos manos. Si una no vive, córtala. Tú tienes mañana. Cuando una mano no te sirve, reemplázala por la otra. Actúa. Responde. ¿Has perdido la mano que escribe? Aprende a escribir con la otra». Y con ella ella-misma-yo-su-mano, empiezo los trazos sobre el papel. Pues bien, de inmediato se despliega una perfecta caligrafía, como si siempre hubiera tenido esa escritura en la otra mano. Si mueres, vive.

Con una mano, sufrir, vivir, palpar el dolor, la pérdida. Pero está la otra: la que escribe.

Matan a una muchacha:

Al comienzo, deseé.

— ¿Qué quiere ella?

— Vivir. Nada más que vivir. Y oírme decir el nombre.

— ¡Horror! ¡Córtenle la lengua!

— ¿Qué le pasa?

— ¡Le es inevitable volar!

— En ese caso, tenemos jaulas extras.

¿Quién es el Supertío que no impidió volar a una muchacha, que no la maniató, que no vendó los pies de su queridita para que fuesen exquisitamente pequeños, que no la momificó bonita?

¿Cómo habría yo escrito?

¿No debieron tenerse primero «buenas razones» para escribir? ¿Aquellas que, misteriosas para mí, nos dan «derecho» a escribir? Y yo no las conocía. Yo sólo tenía la «mala» razón, no era una razón, era una pasión, algo inconfesable,— e inquietante, un rasgo de la violencia que me afligía. Yo no «quería» escribir. ¿Cómo habría podido «quererlo»? No estaba tan extraviada como para perder la medida de las cosas. Un ratón no es un profeta. Yo no hubiera tenido el descaro de ir a reclamar mi libro a Dios en el Sinaí, aun si en tanto ratón hubiera hallado energías para trepar la montaña. Razón, ninguna. Pero había locura. Escritura en el aire a mi alrededor. Siempre próxima, embriagadora, invisible, inaccesible. ¡Escribir me atraviesa! Eso me llegaba de pronto. Un día estaba acorralada, asediada, capturada. Eso se apoderaba de mí. Estaba asida. ¿De dónde? No lo sabía. Nunca lo supe. De una

región en el cuerpo, no sé dónde está. «Escribir» me asía, me agarraba, del lado del diafragma, entre el vientre y el pecho, un soplo dilataba mis pulmones y yo dejaba de respirar.

Me inundaba de pronto una turbulencia que me quitaba el aliento y me inspiraba actos locos. «Escribe». Cuando digo que «escribir» se apoderaba de mí, no se trataba de una frase que viniera a seducirme, justamente no había nada escrito, ninguna letra, ningún renglón. Pero en lo hondo de la carne, el ataque. Arrollada. No penetrada. Ocupada. Actuada. El ataque era imperioso: «¡Escribe!». Aunque yo no era más que un flaco ratón anónimo, conocí sin duda la terrorífica sacudida que galvaniza al profeta, despertado en plena vida por una orden de arriba. Por algo nos obligan a cruzar los océanos. ¿Escribir, yo? Pero yo no era un profeta. Un ansia zaran-deaba mi cuerpo, cambiaba mis ritmos, se ajetreaba en mi pecho, me volvía el tiempo intolerable. Estaba tormentosa. «¡Estalla!». — «¡Tú puedes hablar!». Y además, ¿quién habla? El Ansia tenía la violencia de un golpe. ¿Quién me golpea? ¿Quién me toma de revés? Y en mi cuerpo un soplo de gigante, pero frase, ninguna. ¿Quién me empuja? ¿Quién me invade? ¿Quién me transforma en monstruo? ¿En ratón que quiere hacerse tan gordo como un profeta?

Una fuerza alegre. No un dios; eso no viene de arriba. Sino de una comarca inconcebible, interior a mí pero desconocida, vinculada a una profundidad, como si pudiera haber en mi cuerpo (que, desde afuera, y desde la perspectiva de un naturalista, es lo más elástico que hay, lo más nervioso, delgado y vivo, con su encanto, los músculos firmes, la nariz en punta siempre húmeda y agitada y las patas vibrantes) un espacio distinto, sin límites, y ahí abajo, en zonas que me habitan y que no sé habitar, las siento, no las vivo, ellas me viven a mí, brotan las fuentes de mis almas, no las veo, las siento, es incomprensible pero es así. Hay fuentes. Ese es el enigma. Una mañana, eso explota. Mi cuerpo experimenta ahí abajo una de sus alocadas aventuras cósmicas. Tengo algo del volcán en mis territorios. Pero no de lava: lo que quiere fluir, es soplo. Y no de cualquier manera. El soplo «quiere» una forma. «¡Escríbeme!». Un día me suplica, un día me amenaza. «¿Vas a escribirme, sí o no?». Hubiera podido decirme: «Píntame». Yo intentaba. Pero la índole de su furia exigía la forma que menos detiene, que menos encierra, el cuerpo sin marco, sin piel, sin muro, la carne que no se seca, que no se envara, que no coagula la sangre loca que quiere recorrerla — para siempre. «¡Déjame pasar o rompo todo!».

¿Qué chantaje habría podido hacerme ceder al soplo? ¿Escribir? ¿Yo? A ese soplo, porque era tan fuerte, y tan furioso, yo lo amaba, le temía. Ser soliviantada, una mañana, arrancada del suelo, zarandeada por el aire. Ser sorprendida. Albergar en mí misma la posibilidad de lo inesperado. ¡Dormirme ratón, despertarme águila! ¡Qué deleite! Qué terror. Y yo no tenía nada que ver con eso, no podía hacer nada contra eso. Sobre todo cada vez que el soplo se apoderaba de mí, se repetía el mismo infortunio: lo que empezaba a mi pesar en exultación, proseguía a causa de mí en combate, y terminaba en caída y desolación. Apenas arriba: «¡Eh! ¿Qué haces aquí? ¿Es este lugar para un ratón?». ¡Qué vergüenza! La vergüenza me invadía. No faltan sobre la tierra, y no faltaban, pues, en mis espacios personales, guardianes de la ley, llenos los bolsillos de «primera piedra» a lanzar sobre los ratones voladores. En cuanto a mi guardián interior —que yo no llamaba superyó por entonces—, era más rápido y certero que todos los demás: me arrojaba la piedra antes de que todos los otros —padres, maestros, contemporáneos prudentes, sometidos, alistados—, todos los no-locos y los anti-ratones, tuvieran tiempo de tirar. «The fastest gun», era yo. ¡Por suerte! Mi vergüenza saldaba mi cuenta sin escándalo. Estaba «a salvo».

¿Escribir? Ni lo pensaba. Soñaba con eso todo el tiempo, pero con el pesar y la humillación, con la resignación, la inocencia de los pobres. La Escritura es Dios. Pero no el tuyo. Como la Revelación de una catedral: Nací en un país donde la cultura había retornado a la naturaleza, — había vuelto a hacerse carne. Ruinas que no son ruinas, sino himnos de la memoria luminosa, África cantada por el mar noche y día. El pasado no había pasado. Se había acostado como el profeta en el regazo del tiempo. A los dieciocho años, descubro la «cultura». El monumento, su esplendor, su amenaza, su *discurso*. «Admírame. Soy el genio del cristianismo. Arrodiílate, vástago de la mala raza. Eñímero. Yo me he erigido para mis fieles. Afuera, pequeña judía. Rápido, o te bautizo». «Gloria»: ¡qué palabra! nombre de ejército, de catedral, de arrogante victoria; no era una palabra para judimujer. Gloria, vitrales, banderas, domos, construcciones, obras maestras, ¿cómo no reconocer vuestra belleza, que me reconduce a mi ajenidad?

Me expulsan de la catedral de Köln un verano. Es verdad que tenía los brazos desnudos, o tal vez la cabeza sin cubrir. Un sacerdote me lanza afuera. Desnuda. Me sentí desnuda por judía, judía por desnuda, desnuda por ser mujer, ¡judía por ser carne y alegre! — Y tendré todos

vuestros libros. Pero las catedrales, las abandono. Su piedra es triste y hombruna.

Yo comía los textos, los chupaba, los mamaba, los besaba. Soy el niño innumerable de su multitud.

Pero ¿escribir? ¿Con qué derecho? Después de todo, los leía sin derecho, sin permiso, a sus espaldas.

Como hubiera podido orar en una catedral, y enviar a su Dios un mensaje impostor.

¿Escribir? Me moría de ganas, de amor, dar a la escritura lo que ella me había dado, ¡qué ambición! Qué imposible felicidad. Alimentar a mi propia madre. ¿Darle a mi vez mi leche? Loca imprudencia.

No se necesita un superyó muy severo para impedirme escribir: nada en mí hacía verosímil o concebible un acto semejante. ¿Acaso muchos hijos de peones sueñan con llegar a ser Mozart o Shakespeare?

Todo en mí se complotaba para vedarme la escritura: la Historia, mi historia, mi origen, mi género. Todo lo que constituía mi yo social, cultural. Empezando por lo necesario, que me faltaba, la materia en la cual la escritura se talla, de la que se arranca: la lengua. Tú quieres — ¿Escribir? ¿En qué lengua? La propiedad, el derecho me habían irritado siempre: aprendí a hablar

francés en un jardín de infantes del que estuvieron a punto de expulsarme por judía. Yo era de la raza de los perdedores de paraísos. ¿Escribir francés? ¿Con qué derecho? Muéstranos tus credenciales, dinos las contraseñas, firma, deja ver tus manos, muestra tus patas, ¿qué clase de nariz es esa?

Dije «escribir francés». Uno escribe *en*. Penetración. Puerta. Golpee antes de entrar. Formalmente prohibido.

— No eres de aquí. Este no es tu lugar. ¡Usurpadora!

— Es verdad. Ningún derecho. Solamente amor.

¿Escribir? Gozar como gozan y hacen gozar *sin fin* los dioses que crearon los libros; los cuerpos de sangre y papel; sus letras de carne y lágrimas; que ponen fin al fin. Los dioses humanos, que no saben lo que han hecho. Lo que verlos, decirles, nos hacen. ¿Cómo no habría deseado yo escribir? Puesto que los libros se apoderaban de mí, me transportaban, me traspasaban hasta las entrañas, me hacían sentir su poder desinteresado; puesto que me sentía amada por un texto que no se dirigía a mí, ni a ti, sino al otro; atravesada por la vida misma, que no juzga, que no elige, que toca sin señalar; ¿agitada, arrancada de mí, por el amor? ¿Cómo habría podido, con mi

ser poblado, mi cuerpo recorrido, fecundado, encerrarme en un silencio? Venid a mí y yo vendré a vosotros. Cuando el amor te hace el amor, ¿cómo no ibas a murmurar, a decir sus nombres, a agradecer sus caricias?

Tú puedes desear. Puedes leer, adorar, ser invadida. Pero escribir no te está concedido. Escribir estaba reservado a los elegidos. Eso debía suceder en un espacio inaccesible a los pequeños, a los humildes, a las mujeres. En la intimidad de un lugar sagrado. La escritura hablaba a sus profetas desde una zarza ardiente. Pero se había tenido que decidir que las zarzas no dialogarían con las mujeres.

¿No lo probaba acaso la experiencia? Yo no pensaba que ella se dirigía a los hombres corrientes, sin embargo, sino solamente a justos, a seres tallados en la separación, para la soledad. Ella les pedía, les tomaba todo, era despiadada y tierna, los desposeía por completo de todo bien, de todo lazo, los aligeraba, los despojaba; entonces les emitía el pasaje: hacia lo más lejano, sin nombre, sin fin, les daba la señal de partida, era un derecho y una necesidad. Ellos no llegarían nunca. Nunca serían hallados por el límite. Ella los acompañaría, en el futuro, como nadie.

Así, pues, para esta elite, el bello trayecto sin horizonte, más allá de todo, la salida atroz pero

embriagadora en dirección de lo jamás dicho todavía.

Pero a ti, los cuentos te anuncian un destino de restricción y olvido; la brevedad, la levedad de una vida que parte de la casa de tu madre para dar tres pequeños rodeos que te llevan confundida a la de tu abuela, quien te comerá en un dos por tres. A ti, chiquilla, latita de leche, latita de miel, pequeña canasta, la experiencia lo demuestra, la historia te promete ese pequeño viaje alimentario, que muy pronto te conduce al lecho del Lobo celoso, tu abuela siempre insaciable, como si la ley quisiera que la madre deba sacrificar a su hija para expiar la audacia de haber gozado de las buenas cosas de la vida en su bonita retoña* roja. Vocación de engullida, trayecto de escíballo.

A los hijos del Libro, la búsqueda, el desierto, el espacio inagotable, desalentador, alentador, la marcha hacia adelante. A las hijas de la casera, el extravío en el bosque. Engañada, defraudada, pero bullente de curiosidad. En lugar del gran duelo enigmático con la Esfinge, la interrogación peligrosa dirigida al cuerpo del Lobo:

* Feminización neológica de un término de género masculino: *rejeton*, «retoño», es convertido en *rejetonne*. (N. de la T.)

¿para qué sirve el cuerpo? Los mitos nos hacen polvo. El Logos abre su gran hocico, y nos traga.

Hablar (gritar, aullar, rajar el aire, la rabia me impelía a eso sin descanso) no deja huellas: tú puedes hablar, — eso se evapora, los oídos están hechos para no oír, la voz se pierde. ¡Pero escribir! Sellar un contrato con el tiempo. ¡Anotar! ¡¡¡Hacerse notar!!!

— Eso, está prohibido.

Todas las razones por las cuales yo creía no tener derecho a escribir, las buenas, las no tan buenas, y las verdaderas falsas: — no tengo lugar donde escribir. Ningún lugar legítimo, ni tierra, ni patria, ni historia que sean mías.

Nada me corresponde — O bien todo y no más a mí que a cualquier otro.

— No tengo raíces: en qué fuentes podría hallar alimento para un texto. Efecto de diáspora.

— No tengo lengua legítima. En alemán canto, en inglés me disfrazo, en francés robo, soy ladrona, ¿dónde iba yo a recostar un texto?

— Hasta tal punto soy ya la inscripción de una distancia, que una distancia más es imposible. Me dan esta lección: tú, la extranjera, insér-tate. Toma la nacionalidad del país que te tolere. Pórtate bien, entra en vereda, en lo común, en lo imperceptible, en lo doméstico.

He aquí tus leyes, no matarás, serás muerta, no robarás, no serás una mala recluta, no estarás loca ni enferma, sería una falta de consideración con quienes te hospedan, no zigzaguarás. No escribirás. Aprenderás las cuentas. No te tocarás. ¿En nombre de quién iba yo a escribir?

¿Tú, escribir? ¿Por quién te tomas? ¿Podía contestar acaso: «¡No soy yo, es el soplo!»? — «Por nadie». Y era cierto: yo no me tomaba por nadie.

Esto era incluso lo que me inquietaba y me dolía más oscuramente: ser nadie. Todo el mundo era alguien, creía, excepto yo. Yo era nadie. «Ser» estaba reservado a esas personas plenas, definidas, desdeñosas, que ocupaban el mundo con su seguridad, tomaban los lugares sin vacilar, se sentían en casa en los mismos sitios donde yo no «era» más que por infracción, intrusa, esa puntita de otra parte que era siempre cuando sonaba el quién-vive. Los apacibles. ¿«Ser»? ¿Qué seguridad! Yo pensaba: «Hubiera podido no ser». Y: «Seré». ¿Pero decir «soy»? ¿Quién, yo? Todo lo que me designaba públicamente y de lo que me servía —nadie rechaza un remo cuando está a la deriva— era engañoso y falso. Yo no me engañaba, pero, objetivamente, engañaba al mundo. Mis verdaderos documentos eran falsos. Ni siquiera era una chiquilla, era un animal salvaje y temeroso y era un animal feroz (pero esto

tal vez ellos lo sospechaban). ¿Nacionalidad? «Francesa». ¡No es culpa mía! Se me hacía ocupar el lugar de la impostura. Aún ahora me siento a veces impulsada a explicarme, a disculparme, a rectificar, viejo reflejo. Pues creía al menos, si no en la verdad del ser, en un rigor, en una pureza del lenguaje. Si una palabra se ponía a mentir, quería decir que la maltrataban. Que la echaban a perder, al ponerla en una posición imbécil.

«Yo soy». . . : ¿quién osaría hablar como Dios? No yo. . . * *Lo que yo era, si podía describirse, era un torbellino de tensiones, una serie de incendios, diez mil escenas de violencias (la Historia me había alimentado con ellas: he tenido la «suerte» de dar mis primeros pasos sobre brasas entre dos holocaustos; en pleno racismo, tener tres años en 1940, ser judía, una parte de mí en los campos de concentración, una parte de mí en las «colonias»).*

Pues bien, todas mis vidas se reparten en dos vidas principales, mi vida de arriba y mi vida de abajo. Abajo arañó, soy lacerada, sollozo.** Arri-

* Sustantivación del pronombre *je*, que debe ser diferenciado de *moi*, «yo» en cuanto instancia psíquica. (*N. de la T.*)

** En el verbo *sangloter*, «sollozar», está *sang*, «sangre». (*N. de la T.*)

ba gozo. Abajo carnicerías, miembros, descuartizamientos, cuerpos enrodados, ruidos, artefactos, rastra. Arriba rostro, boca, aura; mar de los silencios del corazón.

Enfantasmas:*

(«Ella sólo se despierta al contacto del amor, antes de ese momento es sólo sueño. Pero en esta existencia de sueño se pueden distinguir dos etapas: primero el amor sueña con ella, luego ella sueña con el amor.»)

Su boca:

A mis tres años, Dios era un joven elegante y maternal cuya cabeza tal vez tocada con un sombrero de ceremonia se lanzaba entre las nubes, y cuyas delgadas piernas estaban enfundadas en un pantalón de raya impecable. No un

* En el original, *enfantasmes*, neologismo con varias lecturas posibles. Por un lado, *enfant* es «niño, niña, hijo, hija», y *enfanter*, «dar a luz, parir». Por otro, *fantasme* es «fantasma, fantasía». (N. de la T.)

atleta. Sino más bien un hombre refinado, de torso impreciso y musculatura espiritual.

Yo vivía en el bolsillo izquierdo de su chaqueta. Pese a mi escasa edad, era su Mujer de Bolsillo. En cuanto tal, no me asemejaba, era todo mi opuesto, esbelta, grácil, pequeña, pelirroja, y llevaba un vestido verde. Si hubiese tenido alguna idea de la seducción, me habría visto seductora allí arriba. Cuando me alojaba en el bolsillo divino, yo era mi otra. Desde esta posición empecé a mirar el universo. Estaba bien. Nadie podía alcanzarnos. Más cerca imposible del corazón de Dios, de su centro y sus pulmones. Su traje gris claro. Nunca vi sus manos. Sabía que tenía una hermosa boca. Los labios de su Palabra: sus alubias de carne de contornos tan claramente dibujados. Su boca se separaba del rostro, fulguraba, se distinguía. No se perdía, se imponía. Tu boca es una lonja de granada (yo corregía la Biblia).

Rostro: yo lo vivía, lo recibía. Figura primitiva de un cosmos cuyo astro dominante, el sol, era la boca. Yo no pensaba en los ojos. No recuerdo haber visto o imaginado nunca los ojos de Dios. Y Dios no fulminaba: sonreía. Se abría.

Y yo entraba y salía del bolsillo de pecho. El cuerpo de Dios era superior. ¡Ratón! Entro: ratón.

Más tarde le hice vagamente unos ojos como bocas. Los párpados tenían el cincelado de los

adorados labios. A veces los párpados aleteaban y los ojos emprendían un vuelo súbito.

Pero la boca de Dios avanzaba ligeramente, los labios se separaban y yo me sumergía en la contemplación de los dientes. Arriba vivía en la luz húmeda de los dientes. Su boca, mi agujero, mi templo, ratón, entro y salgo entre los dientes del buen gato divino.

Mi vida de abajo, tumulto y rabia. En tanto yo, era un foco de pasiones, temor y temblor, furia y venganza. Ninguna forma precisa. De mi cuerpo no conocía más que el juego de fuerzas, no el juego, el fuego. Abajo estaba la guerra. Yo lo era. Guerra y goce. Goce y desesperación. Potencia e impotencia. Yo miraba, vigilaba, espiaba, no cerraba los ojos, veía el incesante trabajo de la muerte. Yo: el cordero. Yo: el lobo.

He pegado a niños. Las crías del Enemigo. Francesitos de cepa. Bien cortados, bien vestidos, bien pulidos, bien borrados, bien lavados alimentados frotados. Pequeñas grageas rosadas y azules con el interior lleno de hiel y mierda. Pequeños títeres de ojitos inmóviles tallados en el odio la estupidez la ferocidad. No me atrevía a saltarles los ojos. Ni a tomarlos. Demasiado vidente. Tenía miedo. Perpetré mis asesinatos sin hacer ruido. Un día, en el Jardín des Offi-

ciers, maté a una pequeña gallina inofensiva. Su inocencia era imperdonable. Ella tenía tres o cuatro años yo cinco o seis. Ella se paseaba dando saltitos y picoteando las alamedas bordeadas de flores. En sus ojos reflejos de flores, de caramelos, de mamá, de misal. Ningún odio. Ni hue·lla de un mendigo, ni sombra de un esclavo, de un árabe, de una desgracia. Ir y venir entre las flores los brazos los dulzores. Ella osaba no alterarse por nada. Se me ocurrió el ardid. La arrastré a un rincón. Le daría el golpe de Blancanieves. Mi arma: un carozo de pera en el que había dejado algunas briznas de carne. La inicié: «Es un caramelo. Debes tragarlo de una vez». Pura, ella me obedecería, tragaría, el carozo no pasaría, ella se asfixiaría. Era blanca, yo negra.

Maté. Torturé. Golpeé, robé, estafé. En sueños. A veces en la realidad. ¿Culpable? Sí. ¿No culpable? Sí. Colonizada, descolonice. Mordí, manduqué, vomité. Castigada, castigada. Apleada. Mis rizos cortados, mis ojos saltados.

Adoré a Dios mi madre. ¡Ámame! ¡No me abandones! El que me abandone es mi madre. Mi padre muere: así padre tú eres mi madre. Mi madre se queda. En mí para siempre la madre combatiente, la enemiga de la muerte. Mi padre cae. En mí, para siempre, el padre tiene miedo, la madre resiste.

Arriba, vivo en la escritura. Leo para vivir. Leí muy pronto: no comía, leía. Siempre «supe», sin saberlo, que me alimentaba de texto. Sin saberlo. O sin metáfora. Había poco sitio para la metáfora en mi existencia, un espacio muy restringido, que a menudo yo anulaba. Tengo dos hambres: una buena y una mala. O la misma, sufrida de modo diferente. Tener hambre de libros era mi alegría y mi tormento. Libros, casi no tenía. No hay dinero, no hay libro. Roí en un año la biblioteca municipal. Yo mordisqueaba, y al mismo tiempo devoraba. Como con los pasteles de Jánuca: pequeño tesoro anual de diez pasteles de canela y jengibre. ¿Cómo conservarlos consumiéndolos? Suplicio: deseo y cálculo. Economía del tormento. Por la boca aprendí la crueldad de cada decisión, un mordisco, lo irreversible. Guardar no es gozar. Gozar y no gozar más. La escritura es mi padre, mi madre, mi nodriza amenazada.

Fui criada a leche de palabras. Las lenguas me alimentaron. Detestaba comer lo que había en el plato. Inmundas zanahorias, malvadas sopas, agresión de tenedores y cucharas. — Abre la boca. — No. Me dejé alimentar sólo por la voz, por las palabras. Se había cerrado un trato: sólo tragaría si me hacían oír. Sed de mis oídos. Chantaje de deleites. Al comer, al incorporar, mientras

me dejaba atiborrar, mi cabeza se hechizaba, mis pensamientos se evadían, mi cuerpo aquí, mi mente en viajes sin detenciones. Si algo saboreé, fue el pastel del habla. Recuerdo, en la misma estación del año, el último biberón y el primer libro. Si solté lo uno, fue por lo otro.

Hay una lengua que yo hablo o que me habla en todas las lenguas. Una lengua a la vez singular y universal que resuena en cada lengua nacional cuando quien la habla es un poeta. En cada lengua fluyen la leche y la miel. Y esa lengua yo la conozco, no necesito entrar en ella, brota de mí, fluye, es la leche del amor, la miel de mi inconsciente. La lengua que se hablan las mujeres cuando nadie las escucha para corregirlas.

Tal vez he podido escribir porque esa lengua escapó al destino reservado a las caperucitas rojas. Cuando no te pones tu lengua en el bolsillo, siempre habrá una gramática que la censure.

He tenido esa suerte, ser la hija de la voz. Bendición: mi escritura salió de dos lenguas, por lo menos. En mi lengua, mis fuentes, mis emociones son las lenguas «extranjeras». «Extranjeras»: música en mí de la otra parte; preciosa advertencia: no olvides que no todo está aquí, alégrate de ser sólo una parcela, un grano de azar, no hay centro del mundo, levántate, ve lo innumerable, escucha lo intraducible; acuérdate de

que aquí está todo; todo (lo que) está más allá de todo. Lenguas pasan a mi lengua, se comprenden, se llaman, se tocan, se alteran, con ternura, con temor, con voluptuosidad; mezclan sus pronombres personales, en el bullir de las diferencias. Impiden a «mi lengua» tomarse por mía; la inquietan y la hechizan. Necesidad, en el interior de mi lengua, de los juegos y migraciones de palabras, de letras, de sonidos; mis textos nunca dirán lo suficiente sus bondades: la agitación que no permite que se erija una ley; la apertura que deja expandirse lo infinito.

En la lengua que hablo vibra la lengua materna, lengua de mi madre, menos lengua que música, menos sintaxis que canto de palabras, bello Hochdeutsch, calor ronco del Norte en el fresco habla del Sur. El alemán materno es el cuerpo que nada en la corriente, entre mis orillas de lengua, el almante materno, la lengua salvaje que da forma a las más antiguas a las más jóvenes pasiones, que se hace noche lacteada en el día del francés. No se escribe: me atraviesa, me hace el amor, amar, hablar, reír al sentir su aire acariciarme la garganta.

Mi madre alemana en la boca, en la laringe, me ritma.

Espanto el día tardío en que descubrí que el alemán se escribe. Estudiar alemán como «se-

gunda lengua», según se dice. Tratar de convertir la lengua primitiva, la carne del soplo, en lengua-objeto. ¡Mi lalemana! Mi alimento. ¡De pronto envainarla, encorsetarla, enlazarla, ortografiarla! Huí, escupí, vomité. Me precipité sobre la lengualeche, en el ángulo de las otras lenguas, para no ver cómo las letras escoltan, laminan, arrancan, excorían, se reapropian de la sangre de las lenguas entre sus patas, sus garras y sus dientes. La madre que yo hablo nunca estuvo sujeta a la gramática lobo. En mí ella canta y deambula, yo tengo el acento justo, pero la voz iletrada. Es ella la que siempre me vuelve extranjera la lengua francesa. A ella, mi indomeñada, le debo el no haber tenido nunca con ninguna lengua una relación de dominio, de propiedad; el haber estado siempre en falta, en fraude; el haber querido siempre acercarme delicadamente a cada lengua, nunca mía, para lamerla, sorberla, adorar sus diferencias, respetar sus dones, sus talentos, sus movimientos. Sobre todo guardarla en la otra parte que la porta, dejar intacta su extrañeza, no traerla para aquí, no abandonarla a la violencia ciega de la traducción. Si no posees una lengua puedes ser poseída por ella: Haz que la lengua te siga siendo extraña. Ámala como a tu prójima.

¿Cómo no iba a trastornarse la diferencia sexual cuando, en mi lengua, es mi padre quien está embarazado de mi madre?

En francés tallarse: la puerta, la carretera, tener ansia de avanzar, de superar siempre la lengua de un texto; de romper y de iniciar la marcha; de hacer frente a la cultura, al sentido, a lo adquirido; de no ser hablada; de rivalizar; de jugar; de hacer hablar a lo reprimido. Pero en mi vientre, en mis pulmones, en mi garganta, las voces de mujeres extranjeras me hacen gozar, y la que viene a mi boca es el agua de una madre distinta.

Golpeé a mis libros: los acaricié. Página a página oh bienamado, lamido, lacerado. A golpes de uñas todo alrededor del cuerpo impreso. ¡Cómo me haces doler! ¡Te leo, te adoro, te venero, escucho tu palabra, oh zarza ardiente, pero te estás consumiendo! ¡Vas a apagarte! ¡Quédate! No me abandones. Bendición del libro: una vez engullidos los pasteles, yo quedaba engañada, vacía, condenada. ¡Había que tirar un año entero! (Pero un año, lo aprendí, es muy largo, y no es nada. Tempranamente aprendí todas las sutilezas del tiempo, su elasticidad en la rigidez, su maldad en la compasión, su capacidad de regresar.)

Con la ayuda de la memoria y del olvido, yo podía releer el libro. Recomenzarlo. Desde otro punto de vista, desde otros y otros. Leyendo descubrí que la escritura es lo infinito. Lo indesgastable. Lo eterno.

La escritura o Dios. Dios la escritura. La escritura Dios. No tenía más que romper y enderezar mis apetitos.

Recuerdo que a los doce o trece años leí la frase siguiente: «La carne es triste, ay, y he leído todos los libros». Me sacudió un asombro mezclado con desprecio y asco. Como si hubiese hablado una tumba. ¡Qué mentira! y más allá qué verdad: porque la carne es libro. ¿Una carne «leída», terminada? ¿Un libro — carroña? Fetidez y falsedad. La carne es la escritura, y la escritura no está leída jamás: está siempre aún por leer, por estudiar, por buscar, por inventar.

Leer: escribir las diez mil páginas de cada página, traerlas a la luz, creced y multiplicaos y la página se multiplicará. Pero para eso, *leer*: hacerle el amor al texto. Es el mismo ejercicio espiritual.

Y contra la muerte ser las ternuras, las más humildes y las más orgullosas, ser la fidelidad de un pájaro a su otro pájaro, ser la gallina y los pollitos la sonrisa de mi madre como el sol sal-

vando a la tierra, ser la fuerza del amor, sobre todo eso: la buena fuerza, que no acepta que se haga sufrir, ¡ah!, soy el ejército del amor; — para amar, ay, era preciso ser de entrada la lucha; esto fue lo primero que supe: que la vida es frágil y que la muerte tiene el poder. Que la vida, ocupada como está en amar, en incubar, en mirar, en acariciar, en cantar, se encuentra amenazada por el odio y la muerte, y que tiene que defenderse. Y aprendí mi primera lección de dolor en una contradicción que lo real, pura división y contradicción, impone como su ley: es preciso que el amor, que sólo quiere conocer la vida y la paz, y se alimenta de leche y de risa, haga la guerra a la guerra, y mire a la muerte de frente. Yo he sido todas las parejas entre las cuales se arrojan los abismos, o más bien era esa carne de dos cuerpos que los celos del mundo quieren desmembrar, contra la cual se encarniza la sucia alianza de los reyes, leyes, yoes huraños, familias, cómplices, relevos, representantes del Imperio de lo Propio, de lo Peor en Peor de la Propiedad, portavoz del «tú eres (lo que es) de Mí», no Adán y Eva que sólo pierden el paraíso de los ciegos, que no son expulsados sino del punto de vista divino, que nacen por fin, y salen, y devienen: yo he sido la pareja partida, triturada, condenada en su carne porque acaba de descubrir el

secreto del goce, porque en su cuerpo Eros desposa a masculino con femenino, porque Julieta es amada en Romeo más que la Ley y los padres, porque en Tristán ha entrado Isolda su alegría, su feminidad, en Isolda Tristán resiste a la castración.

Yo era la enemiga de la muerte pero ¿es esto «ser» alguna?*

Yo era ese conjunto agitado, atormentado por la necesidad de actuar, pero dónde, cómo, de avanzar, hacia qué, desviado, impelido, proyectado en sentidos contrarios, dividido, precipitado, hacia adentro, pero ¿cuál? ¿Y si no hubiera ningún adentro? ¿Ningún otro Adentro sino el que, en la ambigüedad, ya había tenido lugar antes?***

Desde ese espacio cruzado por el desconcierto, ¿cómo hubiera podido decir «soy»?

Mis tumultos se hallaban reunidos a lo sumo bajo un nombre, ¡y no cualquiera! Cixous un nombre a su vez tumultuoso, indócil. ¿Eso, un «nombre»? Esa palabra extraña, bárbara, y tan mal soportada por la lengua francesa, eso era

* En el original, *quelqu'une*, término aquí cuasi neológico, pues viene a representar un femenino de *quelqu'un*, «alguien». (N. de la T.)

** La ambigüedad es del adverbio *avant*, «adentro», pero también «antes». (N. de la T.)

«mi» «nombre».* Un nombre imposible. Estrambótico. Un nombre que nadie sabría escribir y era yo. Es todavía yo. Un mal nombre, pensaba, cuando lo volvían contra mí para chapurrearme chapurreándolo, una de esas palabras extranjeras, indigeribles, inclasificables. Yo era nadie. Pero podía, en efecto, ser «Cixous», y las mil deformidades que el ingenio, la malicia detestable, consciente o inconsciente pudieron hallarle sin descanso. Gracias a este nombre supe muy pronto que existía un lazo carnal entre el nombre y el cuerpo. Y que el poder es temible porque se manifiesta bien cerca de los secretos de la vida humana, a través de la letra.

Podían hacerme daño en la letra, en mi letra. Y sobre la piel de las desposeídas imprimían una letra. Yo era, pues, nadie; pero un cuerpo surcado de rayos y letras.

Habría podido llamarme Hélène, habría sido bella, y única, la única. Pero fui Cixous. En tanto ratón rabioso. Estaba muy lejos de Hélène, nombre que por otra parte me fue inocentemente transmitido desde una bisabuela alemana. Con Cixous, los imbéciles (no dudo de que algunos se reconocen) ganan un dinero. Y copian a otros.**

* Las comillas se explican por la cercanía fonética de los términos franceses: «mon» «nom». (N. de la T.)

** «Cixous» es homofónico de *six sous*, «seis centavos»,

Con semejante nombre, ¿cómo no tener relación con la letra? ¿Cómo no tener el oído a flor de piel? ¿Cómo no haber comprendido que un cuerpo es siempre sustancia de inscripción? Que la carne escribe y es dada a leer; y a escribir.

Pero yo era nadie. Y nadie no escribe, me decía.

Si hubo primero un tiempo en que los arrebatos del Soplo me atormentaban menos, en mi primera infancia, es porque aún no me sentía culpable de ser nadie, y no tenía necesidad de ser alguien. Yo era ese «das Kind» que en francés no tenemos la sabiduría de dejar pasearse. Pues esta lengua se apresura a poner a los recién nacidos de un lado u otro del género. Y ahí estamos, inclinados sobre la cuna. Y preguntamos: ¿es una niña? ¡Sobre todo, no equivocarse! ¿Rosa o celeste? Signos, rápido. ¿Se ha puesto usted su sexo esta mañana? En otras lenguas nos dejan divagar, y el niño es de un neutro que aplaza la decisión sexual. Lo que no significa que donde se habla alemán o inglés la represión de la femini-

es decir, unas pocas monedas. El juego de palabras, intraducible, continúa con *font des sous*, expresión coloquial que traducimos por «ganan un dinero» (o sea, no mucho, pero algo), y con *et (font) du sous*, también expresión coloquial, muy elíptica, cuyo sentido se acerca a «copiar, imitar (a alguien)». (*N. de la T.*)

dad sea menor. Es distinta, interviene en otros términos. Pero en estas lenguas subsiste algo de indeciso, el espacio para una vacilación de la subjetividad. Lo cual no carece de relación, creo, con el hecho de que en ellas ha podido desplegarse la agitación romántica, su manera de inquietar al mundo del Ser con sus fantasmas, sus dobles, sus judíos errantes, sus gentes sin sombra, sus sombras sin nadie y la especie infinita de sus híbridos y otros no-mismos, un poco-mismos, un poco diferentes. Tiene que haber *Es* para que circule la diferencia, lo no-propio.* En tanto *Es*, cuando yo era aún «das Mädchen», debí de escribir sin espanto. Pero no era la Escritura si eran ya las crisis del Soplo.

¿Quién? Yo:** Sin-derecho.

Tuve mis reglas — lo más tarde posible. Sin duda hubiera querido tomarme por una «mujer».

¿Era yo una mujer? Al revivir esta pregunta interpelo a toda la Historia de las mujeres. Una Historia hecha de millones de historias singulares, pero atravesada por las mismas preguntas, los mismos terrores, las mismas incertidum-

* *Le non-propre*, homofónico de *le nom propre*, «el nombre propio». (N. de la T.)

** En el original, *Je*. Véase nuestra primera nota al pie de pág. 31. (N. de la T.)

bres. Las mismas esperanzas por las que hasta hace poco sólo se abrían paso consentimiento, resignación o desesperanza. ¿Tomarme por una mujer? ¿De qué manera? ¿Qué mujer? Habría detestado «tomarme por» una mujer, si me hubieran tomado por una mujer.

Te agarran por los pechos, te despluman el trasero, te tiran en una cacerola, te saltean al esperma, te agarran por el pico, te meten en un fogón, te engrasan con aceite conyugal, te encierran en tu jaula. Y ahora, pon tus huevos.

¡Qué difícil nos vuelven hacernos mujer, cuando lo que esto significa es hacernos gallina!

¡Cuántas muertes a atravesar, cuántos desiertos, cuántas regiones en llamas y regiones heladas, para llegar un día a darme el buen nacimiento! Y tú, ¿cuántas veces moriste antes de haber podido pensar, «Soy una mujer», sin que esta frase significara: «Entonces sirvo»?

Yo he muerto tres o cuatro veces. ¿Y cuántos ataúdes te han valido de cuerpo durante cuántos años de tu existencia? ¿En cuántas carnes heladas se acurrucó tu alma? ¿Tienes treinta años? ¿Naciste? Nacemos tarde a veces. Y lo que podría ser una desgracia es nuestra suerte. La mujer es enigmática, parece. Los maestros nos lo enseñan. Hasta es, dicen, el enigma en persona.

¿El enigma? ¿Cómo serlo? ¿Quién tiene el secreto? Ella. ¿Ella, quién? Yo no era Ella. Ni una Ella, ni ninguna.

Mi inculpación comenzó:

— ¿Sabes hacer lo que saben las mujeres? ¿Y qué saben ellas?

— Tejer — No — Coser — No — Hacer pasteles — No — Hacer niños — Pero yo. . . — sé hacer el niño. ¿Acaso un niño hace niños? ¿Poner orden, halagar el gusto, anticiparse a los deseos? No — ¿Hacer la mujer? No sé. ¿Qué sabe ella que yo no sé? Pero ¿a quién hacerle esta pregunta?

Mi madre no era una «mujer». Era mi madre, era la sonrisa; era la voz de mi lengua materna, que no era el francés; me parecía más bien un muchacho; o una chica; además era extranjera; era mi hija; mujer, lo era en tanto carecía de la astucia, la maldad, la avidez de dinero, la ferocidad calculadora del mundo de los hombres; en tanto desarmada. Ella me despertaba el ansia de ser un hombre, un justo como en la Biblia — para pelear contra los malos, contra los machos, los ladinos, los comerciantes, los explotadores. Yo fui su caballero. Pero estaba triste. Ser un hombre, incluso un justo, me pesaba. Y no podía ser una mujer «femenina». Hay guerras justas. ¡Pero qué pesada es la armadura!

¿Escribir? Si escribía «YO», ¿quién hubiera sido? Podía pasar muy bien bajo «YO» en la vida cotidiana sin saber más al respecto, pero ¿cómo hubiera hecho para escribir sin *saber* quién-yo? No tenía derecho. ¿Acaso la escritura no era el lugar de lo Verdadero? ¿Acaso lo Verdadero no es claro, distinto y uno? Y yo imprecisa, varias, simultánea, impura. ¡Renuncia!

¿No eres el demonio de lo múltiple? Yo exhortaba al silencio a todas las personas que me sorprendían por estar en el lugar de mí,* mis innombrables, mis monstruos, mis híbridos.

No te estás quieta, ¿desde dónde escribes? Yo misma me espantaba. En cuanto a mis desdichadas aptitudes para la identificación, las veía ejercerse en la ficción. «En» el Libro me hacía alguien, mis semejantes de poesía, que los había, contraía alianzas con mis prójimos de papel, tenía hermanos, mismos, sustitutos, yo misma era su hermano o su hermana fraterna a voluntad. Y en la realidad, ¿no era capaz de ser una persona? Nada más que una, ¡pero yo!

* Este «de mí» intenta traducir, en una expresión forzada, el también forzado francés *de moi*, mediante el cual se busca marcar un contraste con el párrafo precedente, donde el pronombre en mayúsculas es *je* (véase nuestra primera nota al pie de pág. 31). (*N. de la T.*)

Peor aún, la metamorfosis me amenazaba. Podía cambiar de color, los acontecimientos me alteraban, crecía pero casi siempre me empequeñecía, e incluso al «crecer» tuve la sensación de empequeñecer.

Ahora bien, creía como es debido en el principio de identidad, de no contradicción, de unidad. Durante años aspiré a esa homogeneidad divina. Ahí estaba con mis grandes tijeras,* y en cuanto veía que rebasaba, clic, corto, ajusto, lo devuelvo todo a un personaje titulado: «una mujer como se debe».

¿Escribir? — Sí, ¿pero no hay que escribir desde el punto de vista de Dios? — ¡Qué desgracia! — ¡Renuncia, entonces!

Yo renunciaba. Eso se calmaba. Se hacía olvidar. Mis esfuerzos eran recompensados. Veía lucir mi doméstica santidad. Me aglutinaba. Me desmochaba. Estaba a punto de advenir a la una-misma.

Pero, como lo supe luego, lo reprimido vuelve. ¿Es obra del azar que mi Soplo volviera en aquellos momentos específicos de mi historia en que hacía la experiencia de la muerte y del nacimiento? Por entonces, no pensaba en ello en absoluto. Si es obra del azar, quiere decir que el azar hace bien las cosas. Y que hay inconsciente.

* En francés, *ciseaux*. (N. de la T.)

Doy a luz. Me gusta dar a luz. Me gustaban los partos — Mi madre es partera — Siempre me agradó ver parir a una mujer. Parir «como se debe». Llevar a cabo su acto, su pasión, dejándose llevar, pujando como se piensa, medio empujada, medio manejando la contracción, esa mujer se confunde con lo incontrolable que ella hace suyo. ¡Su bella potencia, pues! Parir del modo en que se nada, gozando de la resistencia de la carne, del mar, trabajo del soplo en el que se anula la noción de «dominio», cuerpo a su propio cuerpo, la mujer se sigue, se une, se desposa. Está *ahí*. Entera. Movilizada, y es de su cuerpo que se trata, de la carne de su carne. ¡Por fin! Ella es esta vez, entre todas, de ella misma, y si se quiere así, no está ausente, no está fugándose, puede tomarse y darse a ella misma. Al mirarlas *parirse*, aprendí a amar a las mujeres, a presentir y desear la potencia y los recursos de la feminidad; a sorprenderme de que semejante inmensidad pueda ser absorbida, tapada, en lo cotidiano. A quien yo veía no era a la «madre». El niño sí, la mira. Yo no. Era a la mujer en el colmo de su carne, su goce, la fuerza por fin liberada, manifiesta. Su secreto. Si te vieras, ¿cómo no te amarías? Ella pare. Con la fuerza de una leona. De una planta. De una cosmogonía. De una mujer. Ella toma su fuente. Tira. Riendo. ¡Y tras las

huellas del niño, una ráfaga del Soplo! ¡Un ansia de texto! ¡Confusión! ¿Qué le pasa? ¡Un niño! ¡Papel! ¡Ebriedades! ¡Yo desbordo! ¡Mis pechos desbordan! Leche. Tinta. La hora de la mamada. ¿Y yo? Yo también tengo hambre. ¡El sabor de leche de la tinta!

Escribir: como si aún tuviera ansia de gozar, de sentirme plena, de pujar, de sentir la fuerza de mis músculos, y mi armonía, estar embarazada y en el mismo momento procurarme las alegrías del alumbramiento, las de la madre y las del niño. A mí también darme nacimiento y leche, darme el pecho. La vida llama a la vida. El goce quiere relanzarse. ¡Otra vez! No escribí. ¿Para qué? La leche se me ha subido a la cabeza. . .

Otro día, hago un niño. Este niño no es un niño. Era quizás una planta, o un animal. Vacilo. Todo sucedía como si lo que había imaginado siempre se reprodujera en la realidad. Produjera la realidad. En esa ocasión descubrí que no sabía dónde comienza lo humano, ¿qué diferencia hay entre lo humano y lo no humano? entre la vida y la no vida. El «límite», ¿acaso existe? Las palabras eran traspasadas, su sentido huía. Un soplo se abisma. El niño muere. No muere. Imposible hacer un duelo. Por todas partes hay un ansia de escribir. Este es justo el momento, me digo, severa. Me llevan ante el juez: «¿Quie-

res hacer un texto cuando no eres capaz de hacer un niño propiamente? Antes vuelve a dar tu examen».

— Una madre haría las cosas mejor, ¿lo reconoces?

— Sí.

— ¿Quién eres? — Lo sé cada vez menos. Renuncio.

En verdad no tengo ninguna «razón» para escribir. Todo viene de ese viento de locura.

Y sin remedio, salvo la violencia y la coacción. Imposible de prevenir. ¡El soplo, qué desgracia!

¿Vas a callarte? Me acallan. Que la amordacen. Que la pongan en silencio. Que le tapen los oídos. Me la cierro. Me examinan. Algo no marcha bien en este organismo. Este corazón no es normal. Late demasiado rápido, corre demasiado fuerte. Estoy enferma, castíguenme.

— Entonces, me dice el doctor, ¿queremos escribir?

— Un dolorcito en la garganta, dije, anginosa de espanto.

Él me revisa de pies a cabeza, me corta en pedacitos, me encuentra los muslos demasiado largos y los pechos demasiado pequeños.

— Abra la boca, muestre eso.

Abro la boca, hago Aah, saco la lengua. Tengo tres. ¿Tres lenguas? Perdóneme. Y él además no

sabe que tengo una o dos que no están enganchadas allí, o quizás una sola pero cambiante y multiplicante, una lengua de sangre, una lengua de noche, una lengua que atraviesa mis regiones en todos los sentidos, que enciende sus energías, las arrastra y hace hablar a mis horizontes secretos. No le digas, no le digas. ¡Te cortará las lenguas, te desplumará los dientes! «Abra los ojos, meta la lengua adentro». Obedezco. El Maestro me dice: «Vaya al mercado de la ciudad, descríballo. Si lo reproduce bien, le darán un permiso de escritura». No conseguí permiso.

Todos los años, un Supertío me dice: «Antes de pasar a la tinta, dime: ¿sabes hablar como un obrero?».

— No.

«¿Sabes quién soy?». — «Sí, claro, digo, un Supertío capitalista-realista. El Maestro de la Repetición. El Anti-Otro en padrepersona».

Me rehace su centésima reescena: todos los años es la remisma. «Creen que usted está aquí: Y usted está ahí. Un día dicen: esta vez la tengo, es ella seguro. Esa mujer está a punto.* Y no

* En el original, *Cette femme est dans le sac*, derivado de una antigua expresión francesa, *l'affaire est dans le sac*: un asunto, un procedimiento, etc., está ya listo para dar buenos frutos. La referencia es al *sac à corde*, bolso o bolsa con cordones para abrirlo o cerrarlo. (*N. de la T.*)

han terminado de tirar de los cordones de la bolsa que la ven entrar a usted por otra puerta. Al final, ¿quién es? Si no es nunca la misma, ¿cómo quiere que la reconozcan? Por otra parte, ¿cuál es su nombre principal? El público quiere saber lo que compra. Lo desconocido no se vende. Nuestros clientes piden cosas simples. Usted está siempre llena de dobles, con usted no se puede contar, hay otra en su misma. Háganos una Cixous homogénea. Se ruega reiterarse. Ningún imprevisto. Alteración, muy poca para nosotros. ¡Alto! Descanso. ¡Repetición!

»De futuro, nadie quiere nada. Dennos pasado clasificado, envejezcan. Sobre todo no nos desorienten. Así y todo, ya van cinco mil años que vivimos con ustedes. Las mujeres, ya se sabe lo que son. Hace treinta años que tengo una».

Confesión:

Tengo una animacho. Es una especie de *chamoi*, un *moiseau* o una *moiselle*.^{*} Vive en mí, ha-

^{*} Los términos que aparecen en francés no existen en esa lengua, pero tienden a acercarse a designaciones referidas al reino animal: *chamoi* se acerca a *chamois*, «gamuza»; *moiseau* recuerda a *museau*, «hocico»; *moiselle*

ce su nido, me avergüenza en su nido. Está loca, está nerviosa. Me pesa decirlo. Me produce el mayor placer. No lo digo. Es una tontería, una bestezuela.* — A veces, es un enano, un pulgarcito muy astuto: de un paso, siete leguas con los pies descalzos — es él. La animacho es maleducada, caprichosa y molesta. Viene cuando la llamo. Cuando no la llamo, viene. Me pone en aprietos. El Supertío me vigila. Llega a paso de Lobo, cuando le doy de comer. Darle placer me deleita, no oigo al Lobo rechinar. El Supertío aúlla, yo me sobresalto, mi animacho sale precipitadamente. El viejo Lobo quiere separarnos. ¿Por nuestro bien, por el buen bien por el bobo bien? Se inclina sobre la cuna, nos echa una maldición: «Si la crías te volverás cada vez más tonta. Al final te volverás loca. Los hombres no te querrán más. No llegarás a ser una mujer».

Qué pena, tengo mucho miedo.

(unido al anterior por la conjunción *ou*, «o») remite a la supuesta hembra del supuesto *moiseau*, y además constituye el segmento final del vocablo *mademoiselle*, «señorita». El rasgo común a los tres «nombres» de animales es la partícula *moi*, «yo». Además, el género queda sin precisar. (*N. de la T.*)

* Juego de palabras deducible del término *bêtise*, «tontería, estupidez», derivado de *bête*, «bestia, animal, bicho». (*N. de la T.*)

¡Expúlsala! Ella vuelve. Se desliza entre mis muslos.

Su soplo es irresistible. ¿Loca o mujer?

Con una mano tiene apretada a su animacho entre sus muslos, la acaricia vivamente (en tanto «loca»). Mientras que con la otra se esfuerza en matarla (en tanto «mujer» de hombre). Por suerte, la desgracia quiere que, al pegarle, vuelva a darle alegría. Y yo, maestro mío, ¿me volveré cómo? Cada vez más loca. ¡Ah! nunca sabré. El *chamoi* me arrastra, estoy perdida, encantada, la toco, ¿qué soy?

No te toques. Escápate. ¡Él te cortará la mano! Te escarchará los tuétanos. Te pondrá mitones.

Renésima Conferencia sobre la Infiminidad:

Señores y señores, Señoras y señores míos,

Mientras me preparo para inquietarlos, no ceso de luchar contra vuestras dificultades interiores y de algún modo me siento, por anticipado, bastante culpable.

Mis escritos no tienen realmente ninguna razón de ser, ¡locura, locura! En efecto, no sé nada:

Lo único que tengo para escribir es lo que no sé. Les escribo con los ojos cerrados. Pero sé leer con los ojos cerrados. A ustedes, que tienen ojos para no leer, no tengo nada que revelarles. La mujer es una de esas cosas que no están en condiciones de comprender.

Hice todo lo posible para acallararlo. Todo lo que digo es más que verdadero. ¿Para qué sirve sexcusarse? No se puede barrer la feminidad. La feminidad es inevitable. Les pido que reinicien su partida. Tomen ustedes sus partes vergonzantes. A ella Sus partes* orgullosas le caen muy bien.

A ustedes, el desagüe de la feminidad los desborda porque son hombres. Pero ¿están seguros de que son humanos?

A fin de justificar mi culpa, he invocado todos los motivos por los que no tengo derecho a escribir en vuestra Razón: — no hay lugar desde donde escribir. Ni patria ni historia legítima. Ni certidumbre, ni propiedad.

* *Partie*: «partida», del verbo «partir», y también «partida» de un juego; asimismo, «parte». El plural *les parties* denomina, además, «las partes (pudendas, los genitales)». (*N. de la T.*)

— No hay lengua seria declarada. En alemán lloro, en inglés juego, en francés robo, soy ladrona. Ningún domicilio* fijo.

— No hay ley. No hay gramática. Ortografía, una vez por mes. No hay saber. Sobre todo ningún saber. Diploma de escritura: ninguno. Afiliación: nula. Modelo: Nada. La infinita.

¡Y sin embargo ella escribe!:

Primero, ella muere. Después, ama.

Estoy muerta. Hay un abismo. Está el salto. Se lo da. Después, una gestación de sí — en sí, atroz. Cuando la carne se talla, se tuerce, se desgarrar, se descompone, se recompone, se sabe mujer recién nacida, hay un sufrimiento que ningún texto es lo bastante dulce y poderoso para acompañar con un canto. Por eso, mientras ella se muere, — luego se nace, silencio.

No tengo nada que decir sobre mi muerte. Fue demasiado grande para mí hasta ahora. En cierto modo todos mis textos «nacieron» de ella. Huyeron de ella. Salieron de ella. Mi escritura

* En el original, *d'hommicile*, neologismo en el que la partícula *dom-*, de *domicile*, «domicilio», es sustituida por *homm-*, de *homme*, «hombre». (N. de la T.)

tiene varias fuentes, varios soplos la animan y la arrastran.

Sin ella —mi muerte— yo no habría escrito. No habría roto el velo de mi garganta. No habría lanzado el grito que desgarrar los oídos, que raja los muros. Lo que sucede durante la muerte no puede decirse. Escribir es en cierto modo (no creo equivocarme al pensar que hay rasgos universales de nuestro pasaje a la muerte) — primero la diferencia de un suspiro último, de una frase capturada por el terror; y simultáneamente ya el amago de fuga hacia adelante, el sobresalto de horror — pues en la muerte se conoce el más grande, el más repelente sufrimiento — y la vuelta atrás, lo indecible, la inconfesable nostalgia de lo que se conociera en el momento del matrimonio con la muerte. Lo que sucedió entonces es decisivo, es lo absolutamente involuible, pero permanece en una memoria que no es nuestra memoria cotidiana, en una memoria que no sabe, que no habla, al no ser sino carne lacerada, llena de cicatrices, prueba dolorosa pero de qué. . .

Y de la época de la muerte se conserva el miedo más grande y el más grande bien: el deseo de estar siempre muy junto a Ella, la muerte, nuestra madre más poderosa, la que nos aporta el más violento empuje de deseo, de pasar, de sal-

tar, pues no es posible *quedarse cerca* de ella, ella aspira y da aspiración; y este deseo está hendido, es al mismo tiempo su opuesto, deseo, al acercársele hasta morir, casi, de mantenerse extremadamente lejos, lo más lejos posible. Pues es ante ella, contra ella, cerquita de ella, nuestra madre más peligrosa, la más generosa, la que nos da (siendo que no pensamos, que no hay en nosotros pensamiento claro, sino únicamente el tumulto, los fragores de la sangre, el trastorno precósmico, embrionario) el ansia fulminante de salir, el ansia de que los extremos se toquen, se entren y se inviertan el uno en el otro, y el día no viene después de la noche, sino que lucha con ella, la abraza, la hiere, es herido por ella, y la sangre negra y la sangre blanca se confunden; y asimismo la vida sale reptando de las entrañas de la muerte que ella ha lacerado, que ella odia, que ella adora, y nunca olvida que la muerte no la olvida, que está siempre ahí, que no la deja, abre la ventana, el pecho terrible está ahí, el lecho de paz — y esta es su más grande fuerza, ella comprende que la muerte nos ama tal como la amamos nosotros mismos, y que, de una manera extraña, podemos en verdad contar con ella. Que es ella, Muerte nuestra madre doble, de quien nos alejamos y a quien nos acercamos, al escribir, porque escribir es siempre pri-

mero una manera de no lograr hacer el duelo de la muerte.

Y digo: hay que haber sido amada por la muerte, para nacer y pasar a la escritura. La condición por la que comenzar a escribir se vuelve necesaria — (y) — posible: *perder todo*, haber una vez perdido todo. Y esta no es una «condición» pensable. Tú no puedes *querer* perder: si quieres, entonces hay *tú* y hay *querer*, hay no-perdido. Escribir — comienza, sin ti, sin yo,* sin ley, sin saber, sin luz, sin esperanza, sin lazo, sin nadie cerca *de* ti, pues aunque la historia mundial continúa, tú no eres ahí, tú eres «en» «infierno» y el infierno es el sitio donde yo no soy sino donde lo que me es, mientras que yo soy sin lugar, se siente remorir a través de los tiempos de los tiempos, donde no-yo arrastra a yo cada vez más lejos de mí, y donde lo que queda de mí no es más que sufrimiento sin yo-misma, sufrimiento jamás circunscripto por misma, pues yo, abierto, no cesa de sentir fluir el sentido, el alma, las sustancias corporales y espirituales del yo, yo se vacía, y sin embargo, cada vez más pesada, te hundes, te abismas en el abismo de la no-relación.

Entonces cuando lo has perdido todo, no hay más camino, no hay más sentido, no hay más

* En el original, *sans je*. Los demás casos de «yo» (y los de «mí») de este párrafo traducen *moi*. (N. de la T.)

signo fijo, no hay más suelo, no hay más pensamiento que resista a otro pensamiento, cuando estás perdida, fuera de ti, y continuas perdiéndote, cuando devienes el movimiento enloquecedor de perderte, entonces es por ahí, desde ahí, donde eres trama despedazada, carne que deja pasar lo extraño, ser sin defensa, sin resistencia, sin barra, sin piel, completamente abismada de otra, es en esos tiempos jadeantes cuando escrituras te atraviesan, eres recorrida por cantos de pureza inusitada, porque no se dirigen a nadie, brotan, surgen, fuera de las gargantas de tus habitantes desconocidas son gritos que la muerte y la vida arrojan al combatirse.

Y ese tejido donde tus dolores se tallan ese cuerpo sin borde, esa tierra sin fin, asolada, ese espacio devastado, tu temple demolido, sin ejército, sin control, sin murallas, — tú no sabías que son los jardines del amor. No de la demanda. No eres una codiciosa, no eres cálculo y ansia, puesto que estás perdida. No estás en la relación. Eres desapego. No mendigas. No careces de nada. Estás más allá de la carencia: Pero deambulas despojada, indefinida, a merced del Otro. Y si el Amor pasa, puede hallar en ti lo sintope, el lugar sin fin que le es venturoso y necesario. Si estás perdida solamente entonces el amor puede hallarse en ti sin perderse.

Ahora bien, si eres una mujer, estás siempre más cerca y más lejos de la pérdida que un hombre. Eres más capaz y menos capaz de pérdida. Más atraída, más repelida. Más seducida, más prohibida. Una misma pulsión, oscura, dividida en su sentido, y siempre la inversa de sí misma, te empuja, refrenándote, a perder.

Porque, a una «mujer», marcada toda ella por la herencia sociocultural, se le ha inculcado el espíritu de «refrenada». Incluso ella es *el* refrenamiento, socialmente. (O, si quieres, la reprimida, la controlada.) Ella se refrena y es refrenada, por mil lazos, enganchada, conjugada, cordones, cadenas, malla, faja, escudilla, red de dependencias serviles, tranquilizadoras. La definen sus pertenencias, *mujer de*, así como fue hija de, de mano en mano, de lecho en nicho, de nicho en fogón, la mujer en tanto complemento-de-nombre, tiene que afanarse mucho para decidir. Te enseñaron a tener miedo del abismo, del infinito, que sin embargo te es más familiar que al hombre. ¡No camines junto al abismo! ¡Si ella fuera a descubrir su fuerza! ¡Si fuera, de pronto, a gozar, a disfrutar de su inmensidad! ¡Si diera el salto! Y no cayera, como una piedra, sino como un pájaro. ¡Si se descubriera navegante de ilimitado!

¡Suéltate! ¡Suelta todo! ¡Pierde todo! Toma aire. Hazte mar adentro. Hazte de la letra. Escucha: nada ha sido hallado. Nada se ha perdido. Todo está para buscarlo. Anda, vuela, nada, salta, corre, cruza, ama lo desconocido, ama lo incierto, ama lo que aún no fue visto, ama a nadie, que tú eres, que serás, déjate, libérate de las viejas mentiras, *atrévete a lo que no te atreves*, ahí es donde gozarás, haz siempre tu aquí de un *allí*, y alégrate, alégrate del terror, síguelo por donde tienes miedo de ir, lánzate, ¡es por ahí! Escucha: no le debes nada al pasado, no le debes nada a la ley. *Gana* tu libertad: devuelve todo, vomita todo, dalo todo. Dalo absolutamente todo, óyeme, *todo*, da tus bienes, ¿de acuerdo? No te guardes nada, aquello que te importa, dalo, ¿entiendes? Búscate, busca el yo,* revuelto, numeroso, que serás siempre más adelante, y fuera de un sí, sal, sal del viejo cuerpo, líbrate de la Ley. Déjala caer con todo su peso, y tú, corre, no mires atrás: no vale la pena, detrás de ti no hay nada, todo está por llegar.

De la muerte, creo, no se puede salir más que lanzando una carcajada. Yo reí. Me senté en lo alto de una escalera de peldaños cubiertos con plumas maculadas, vestigios de ángeles deshe-

* En el original, *cherche le je*. (N. de la T.)

chos, muy lejos por encima de los ríos de Babilonia que se retorcían entre los labios del País que siempre se promete. Y reí. Me doblaba de risa. Estaba perfectamente sola. Y no había nada alrededor de mí. No estaba obligada a nada, no me sostenía de nada, podía avanzar sin pisar, no había camino, con mis muertes en la mano izquierda, con mis vidas a voluntad en la derecha. Si había dios, yo lo era.

No busqué: era busquerida.

Al principio, no puede haber otra cosa que morir, el abismo, la primera risa.

Después, no sabes. Lo decide la vida. Su terrible fuerza de invención, que nos supera. Nuestra vida se nos anticipa. Siempre sobre ti, una altura por delante, un deseo, el buen abismo, el que te sugiere: «Salta y pasa al infinito». ¡Escribe! ¿Qué? Toma el viento, toma la escritura, haz cuerpo con la letra. ¡Vive! Arriesga: el que no arriesga no tiene nada, el que arriesga no arriesga ya nada.

Al principio hay un fin. No temas: es tu muerte la que muere. Después: todos los principios.

Cuando has tocado el fin, sólo entonces el Principio puede advenirte.

Primero reí, grité, un dolor me dictó mis primeras letras de infierno. Me tallé nuevos oídos para el futuro y oí los gritos del mundo, los furo-

res y las llamadas de los pueblos, los cantos de los cuerpos, la música de los suplicios y la música de los éxtasis. Escucho.

Pero si el espacio sin límite no me hubiera sido dado entonces, no habría escrito lo que oigo. Porque yo escribo para, escribo desde, escribo a partir; del Amor. Escribo de Amor. Escribir: amar, inseparables. Escribir es un gesto del amor. *El Gesto*.

Cada uno se alimenta del otro y se aumenta con él. Así como el uno no es sin el otro, así Escribir y Amar son amantes y no se despliegan más que abrazándose, buscándose, escribiéndose, amándose. Escribir: hacer el amor al Amor. Escribir al amar, amar al escribir. En la Escritura el Amor abre el cuerpo sin el cual la Escritura se marchita. En el amor la letra se hace carne amada leída, multiplicada en todos los cuerpos y textos que el amor porta y espera del amor. Texto: no el rodeo sino la carne en trabajo de amor.

No las operaciones de la sublimación. Ella no se da en el texto satisfacciones derivadas. No transforma sus deseos en objeto de arte, sus dolores y su soledad en productos de valor. No hay reapropiación.

El amor no se trueca por adaptación social, sus signos de vida no tienen equivalentes mercantiles. Los objetos de sueño tampoco son obje-

tos sublimes. Y como los textos, no carecen de efecto sobre la vida de vigilia, la transforman, vida más que diurna: vida múltiple, todas sus vidas de noche, y todas sus vidas de poesía. Así se extiende y se busca el amor, literalmente, carnalmente. Si escribes mujer, lo sabes tanto como yo: escribes para dar al cuerpo sus Libros de Futuro porque el Amor te dicta tus nuevas génesis. No para llenar el abismo, sino para amarte hasta el fondo de tus abismos. Para conocer, no para evitar. No para superar; para explorar, penetrar, visitar. Donde tú escribes, eso crece, tu cuerpo se despliega, tu piel cuenta sus leyendas hasta ahora mudas.

El amor hace un gesto, hace dos años, un despegue de párpados y el texto salta: está ese gesto, el texto surge de él. Está ese texto y el cuerpo cobra un nuevo vuelo. Léeme — lámeme, escríbeme el amor. Ella no se pone en abismo para saturar la abertura temida; ella celebra sus abismos, los quiere abiertos, desea su sin-fondo, su promesa: nunca nos colmarás, nunca te faltará el buen vértigo; para tu hambre nuestros sexos sin fin, nuestras diferencias.

Siempre el texto se escribe bajo la dulce coacción del amor. Mi único tormento, mi único temor, es no escribir tan alto como el Otro, mi único pesar es no escribir tan bello como el Amor.

Siempre me viene el texto en relación con la Fuente. Si la fuente estuviese cerrada yo no escribiría. Y la fuente me es dada. No soy yo. Uno no puede ser su propia fuente. Fuente: siempre ahí. Siempre el destello del ser que me da el Ahí. Ojalá no pueda dejar de buscar, ojalá escarbe furiosamente con todas mis fuerzas y todos mis sentidos. Fuente que da el sentido y el impulso a todas las otras fuentes, que enciende la Historia para mí, pone en vida todas las escenas de lo real, y me da mis nacimientos cada día. Ella me abre la tierra y yo me lanzo. Ella me abre el cuerpo y la escritura se lanza. La amada, aquella que está ahí, aquella que está ahí siempre ahí, aquella que no falta, que no se ausenta, pero de quien cada frase llama a un libro — y de quien cada soplo inaugura en mi pecho un canto, un ahí* que no desaparece pero que yo no «encuentro», que yo no encierro, que yo no «comprendo», un sin-límites para mi sin-límites, el ser que se da —a buscar—, que suscita y relanza el movimiento que me hace palpar el corazón, que me hace llevar la tinta** y partir de nuevo a buscar más lejos, eternidad inquisidora, incan-

* En el original, *là*. Puede entenderse también como la nota musical «la». (N. de la T.)

** *Encre*: «tinta», homofónico de *ancree*, «ancla». (N. de la T.)

sable, insaciable, respuesta que plantea una pregunta, sin-fin.

El amor me da el espacio y el deseo de lo sin-fin. Diez mil vidas no llenan una sola página. ¡Qué desgracia! ¡Qué felicidad! ¡Mi pequeñez, qué suerte! ¡No conocer el término! ¡Estar en relación con lo más-que-yo! Me da fuerza para querer todos los misterios, para amarlos, para amar su amenaza, su inquietante extrañeza. El Amor me llega. Su rostro: sus millares de nuevos rostros.

Su mirada, la misma la Eterna, y sin embargo aún no la había recibido nunca. Su voz, cómo oírla, cómo con mis oídos humanos oír la voz que hace resonar diez mil voces. Me impacta. Me toca. Aquí. Aquí-Ahí. Mi cuerpo es alcanzado. Agitado. Bajo los golpes del amor, tomo fuego, tomo aire, tomo letra. No es que no resista. Él habla y la proferida soy yo.

¿Quién me hace escribir, gemir, cantar, osar? ¿Quién me da el cuerpo que jamás tiene miedo de tener miedo? ¿Quién me escribe? ¿Quién hace de mi vida el campo carnal de una leva de textos? La Vida en persona. Hace mucho tiempo que los nombres nada más que propios en el ansia de poseer ya no son propios para nombrar al ser que se iguala a la Vida. Todos los nombres de la Vida le van, todos los nombres juntos no bastan para

designarlo. Cuando haya terminado de escribir, cuando hayamos retornado al aire del canto que somos, el cuerpo de textos que hayamos hecho será uno de sus nombres entre tantos otros.

Ni padre ni madre, ni hermano ni hombre ni hermana, sino el ser que en el instante el amor nos propone devenir porque él nos place o nos importa en esa escena, en esos brazos, en esa calle, en el corazón de esa lucha, en el hueco de ese lecho, en esa revuelta, en esa tierra, en ese espacio marcado por signos — políticos, culturales, y recorrido por signos amorosos. Con frecuencia eres mi madre muchacho y yo a menudo tu hija hijo, tu madre mineral, y tú mi padre salvaje, mi hermano animal. Hay posibilidades que no surgieron nunca. Otras totalmente imprevistas que nos ocurrieron una sola vez. Flores, animales, artefactos, abuelas, árboles, ríos, nos atraviesan, nos cambian, nos sorprenden.

Escribir: primero soy tocada, acariciada, lastimada, después busco descubrir el secreto de ese tocamiento para extenderlo, celebrarlo y transformarlo en una caricia distinta.

¿El día se esconde? De noche las lenguas se sueltan, los libros se abren y se revelan, a lo cual yo no llego, mis sueños lo hacen por mí. Durante mucho tiempo me sentí culpable: de inconscien-

te. Me figuraba la Escritura como la culminación de un trabajo de erudito, de un maestro de las Luces y las medidas. ¿Y tú? Yo, me sorprendía, no avanzaba, me empujaban. No me ganaba el libro con el sudor de mi frente, lo recibía. Peor aún: robaba. Era tentador: estaba ese jardín sin reja en el que surgían todos los textos, mil y un cuentos por noche. ¡Los frutos del Árbol del Nacimiento! ¡Salivé! ¡El árbol de la ficción! ¡No lo pruebes! ¡es sólo un sueño! Quien prueba del fruto de ese árbol ya no sabe de qué lado despertarse. Cada noche, bosques de textos, mesas cargadas de letras fantásticas. ¿Cómo resistir? ¿Prohibida, toda esa escritura?

Robé. Primero tímidamente: ni siquiera un sueño, ni siquiera un fruto, su fragancia, un color, un dolor, que yo no entregara al olvido, que yo retuviera, y cuyo destello me sirviera para atraer al alba, en el entredía, unas cuantas frases fascinadas. «¿Cómo escriben ellos?» me preguntaba y mis sueños se me subían a la cabeza. «¿Qué saben ellos, los sabios, los maestros, los domadores de códigos?». Y yo, ahí, perseguida por sueños, sumergida en visiones, chapoteando en lenguas insumisas, costeaba los muros de sus parques a la francesa con mis abundancias, mis tierras ebrias, mis vergeles salvajes. Y no sabía trazar rayas.

Calladita, me robé a mí misma. ¡No lo repitan!

Esas perlas, esos diamantes, esos significantes que de un fuego sacan mil sentidos, lo confieso, a menudo se los sustraje a mi inconsciente. El alhajero. Sabemos lo que es. Todas las mujeres tienen uno. Pero a veces está vacío. A veces ella ha perdido la llave. A veces se lo birlaron papá-mamá. A veces no se acuerda dónde lo puso. Y yo, furtiva llego, rompo un poquito, una sola vez, escudriño, ¡ah, esos secretos! (— Miren los *Aspern Papers* de Henry James, cómo todo está en el cajón, *a condición* de que, para que, las cartas sean robadas), deslizo un ojo, una mano. Es irresistible.

Impostura de mis firmas, me decía yo no hace mucho.

¡Ladrona! — ¿Yo, ladrona? — Pero ¿quién es «robado»?

¿Dónde está lo propio? ¿De quién soy el pirata de amor?

Lo que las mujeres me dicen por la noche yo lo escucho y lo repito. Una parte del texto es mía. Una parte es arrancada del cuerpo de los pueblos; una parte es anónima, una parte es mi hermano. Cada parte es un todo que yo deseo, una vida más grande, que ansío y admiro, y que añade su sangre a mi sangre. Hay siempre en mí al-

guien más grande que yo, más noble, más poderoso, que me impulsa a crecer, al que amo, al que no busco igualar, un cuerpo, un alma, un texto — humano al que no quiero retener, al que quiero expedirle pasaje, al que me encanta tener que darle lo infinito. Hélène Cixous, no soy yo, es los que son cantados en mi texto, porque sus vidas, sus penas, su fuerza exigen que resuene.

De noche, tomo mi cuerpo, me deslizo al volante, me cuelo entre mis cortinas, me escurro entre dos sangres, según los días de noche subo, bajo, me salen ciudades, las surco, las dejo, todas mis salidas por arriba, ¿estoy soñando? No. Son mis vidas que me suceden, todas las que me llevan a todas partes, a las regiones, las tierras, los paisajes, ciudades, culturas, naciones, donde mi ser fue tocado, una sola vez basta, en carne viva, marcado de por vida, — a todos los lugares desde donde se me despachó una carta* de amor o una carta de odio que mi cuerpo recibió tan poderosamente que no puede dejar de responder. Me llevaron a casi todos los países simples, a los países compuestos, a los países descompuestos, reconstruidos, — a todos los si-

* En el original, *lettre*, que es «carta» y también «letra». (N. de la T.)

tios donde la Historia viene a fecundar mi geografía. Viajo: donde se sufre, donde se pelea, donde uno se salva, donde se goza, mi cuerpo está de pronto en su casa.

Mundial mi inconsciente, mundial mi cuerpo. Lo que sucede en el exterior sucede en el interior. Yo misma soy la tierra, todo lo que en ella sucede, las vidas que en ella me viven bajo mis formas diferentes, el viaje, la viajera, el cuerpo del viaje y el espíritu del viaje, y todo eso tan elásticamente que entro y salgo, entro y salgo, estoy en mi cuerpo y mi cuerpo está en mí, yo me envuelvo y me contengo, uno podría temer perderse, pero eso no ocurre nunca, una de mis vidas me devuelve siempre a buen cuerpo.

¡Cuántas lágrimas vierto por la noche! Las aguas del mundo fluyen de mis ojos, yo lavo a mis pueblos en mi desesperación, los baño, los lamo con mi amor, voy a las orillas de los Nilos, para recoger a los pueblos abandonados en cunas de mimbre, tengo por la suerte de los vivos el amor infatigable de una madre, por eso estoy en todos lados, mi vientre cósmico, trabajo mi inconsciente mundial, pongo a la muerte de patitas en la calle, ella vuelve, vuelta a empezar, estoy embarazada de comienzos. Sí de noche el amor me hace madre, hace mucho tiempo que lo

sé, era madre ya cuando aún tenía en la lengua el sabor de un último biberón. Era madre entonces de mi madre, de mi hermano, de mis parientes los tomaba en mis brazos, los transportaba por encima de las colinas, los salvaba de los nazis. Después inventé todos los medios de transporte conocidos y desconocidos. Hice despegar aviones con un latir del corazón, reí al leer Vinci, uno de mis más antiguos hermanitos, un femenino plural como yo, fui todos los pájaros, alegría de mi vida, el día en que me acordé de que mi padre era una cigüeña. En tanto madre tuve por lógica necesidad de alas. Portadora, raptadora, la que cría, la que alza.* Lo que hoy sé, si no lo sabía ayer, porque yo no me miraba, ya estaba ahí. Huir, proteger, escapar, volar. ¿Te persiguen? ¿La censura anda detrás de ti? ¿Su cadena de policías, de fulanos, de avaros, de reprimidos, de edictadores, de archiprofesores, de jefes, de falos con casco? ¿Cómo sobrevivirías a la bestialidad armada, al Poder, si no tuvieras siempre para ti, contigo, en ti, un poco de madre para recordarte que no siempre gana el mal; si no hubiera siempre un poco de madre para darte la paz, para conservar a través de las edades y las

* En el original, *élève*. El verbo francés *élever* significa «elevar» y también «criar, educar». (N. de la T.)

guerras un poco de la leche de vida, un poco del goce de alma que regenera? ¿Un poco de libro, un poco de letra, para reanimarte?

He aquí por qué, cómo, quién, lo que, yo escribo: la leche. El alimento fuerte. El don sin retorno. La escritura también, es leche. Yo alimento. Y como todas aquellas que alimentan soy alimentada. Una sonrisa me alimenta. Madre yo soy hija: si me sonríes, me alimentas, soy tu hija. Bondades de los buenos trueques.

Misterio del odio, de la maldad: el que odia ¿no es devorado vivo por el odio? El que guarda la riqueza y el alimento para sí mismo se envenena. Misterio del don: el don-veneno: si das, recibes. Lo que no das, el antidón, se vuelve contra ti y te pudre.

Cuanto más das, más gozas, ¿cómo ellos no lo saben?

Yo escribo — madre. ¿Cuál es la relación entre madre y mujer, hija? yo escribo — mujer. ¿Cuál es la diferencia? Esto es lo que mi cuerpo me enseña: primero, desconfía de los nombres: son nada más que herramientas sociales, conceptos rígidos, jaulitas de sentido que uno instala como tú sabes, para que no nos mezclemos unos con otros sin lo cual la Sociedad de Puncionamiento Cacapitalista no aguantaría. Pero, amiga, tómate tiempo para des-nombrarte un

minuto. ¿No has sido el padre de tu hermana? ¿No te ocurrió en tanto esposa ser el marido de tu esposo, y quizás el hermano de tu hermano o que tu hermano fuese tu hermana mayor? Yo salí de los nombres, bastante tarde, personalmente. Creí —hasta el día en que la escritura se me vino a los labios— en Padre, en Marido, en Familia, y lo pagué caro. Escribir y atravesar los nombres es el mismo gesto necesario: en cuanto Eurídice llama a Orfeo a sumergirse donde cambian los seres, Orfeo advierte que él mismo es (en) Eurídice. En cuanto te dejas conducir más allá de los códigos, tu cuerpo lleno de temor y alegría, las palabras se apartan, ya no estás presa en los planos de las construcciones sociales, ya no caminas entre los muros, los sentidos se derraman, el mundo de los carriles estalla, los aires pasan, los deseos hacen saltar las imágenes, las pasiones ya no se encadenan a las genealogías, la vida ya no está clavada al tiempo de las generaciones, el amor ya no se orienta en la dirección fijada por la administración de las alianzas públicas. Y te ves devuelta a tus inocencias, a tus posibilidades, a la abundancia de tus intensidades. Ahora, escucha lo que tu cuerpo no osaba dejar aflorar.

El mío me dice: soy la hija de la leche y de la miel. Si me das el pecho, soy tu niña, sin dejar de

ser la madre para aquellos a quienes alimento, y tú eres mi madre. ¿Metáfora? Sí. No. Si todo es metáfora, nada es metáfora. Un hombre es tu madre. Si es tu madre, ¿es un hombre? Pregúntate más bien: ¿hay un hombre que pueda ser mi madre? Un hombre maternal, ¿es una mujer? Dite más bien: es bastante grande y varios para ser capaz de la bondad materna.

Hay hijas que son sólo «hijas», infancia, placer y desdicha de infancia y de dependencia. Y hay madres que no son maternas, que son hermanas celosas como las tres o cuatro madres-hermanas de Cenicienta.

¿Y mujer? Mujer, es para mí la que no mata a nadie en ella, la que (se) da sus propias vidas: mujer es siempre en cierto modo «madre» para ella misma y para el otro.

Hay madre en toda mujer. ¡Pobre la «mujer» que se ha dejado encerrar en un rol de grado único! Pobre aquella a quien la vieja Historia obliga a dejarse enrolar en guerras injustas, esas que las angustias y la falta de amor fomentan sin cesar entre las madres, las hijas, las nuevas, las hermanas. Estas guerras vienen de los hombres y les dan beneficios. ¡Ay de la hija que aprende por su «madre» a odiar a la madre!

En la mujer, la madre y la hija se reencuentran, se preservan, la una con la otra, la infancia

entra en la madurez, en la experiencia, la inocencia, la hija es en la mujer la madre-niña que no cesa de crecer.

Hay madre en ti si te amas. Si amas. Si amas, te amas también. He aquí a la mujer de amor: la que ama a toda mujer en ella misma. (No la «bella» mujer de la que habla el tío Freud, la bella del espejo, la bella que se ama tanto que ya nadie puede amarla lo suficiente, no la reina de belleza.) Ella no se mira, no se mide, no se examina, no la imagen, no la ejemplar. La carne vibrante, el vientre encantado, la mujer encinta de todo el amor. No la seducción, no la ausencia, no el precipicio ornado de velos. La plenitud, aquella que no se mira, que no se reapropia de todas sus imágenes de reflejo en rostro, no la devoradora de ojos. La que mira con la mirada que reconoce, que estudia, respeta, no toma, no araña, sino que atentamente, con dulce encarnizamiento, contempla y lee, acaricia, baña, hace irradiar al otro. Trae de nuevo a la luz la vida enterrada, huidiza, que se había hecho demasiado prudente. La ilumina y le canta sus nombres.

Lo que me impulsa a escribir, — análogo a lo que impulsa a la madre a escribir el universo para que el niño se apodere de él y lo nombre. Primero desposó, soy desposada: no intercepto, no cierro mis tierras, mis sentidos, el espacio carnal

que se extiende detrás de mis ojos: me dejo atravesar, impregnar, afectar (lo más posible: hasta dónde, un poco más, y estaría perdida para mí), infiltrar, invadir, médium mi carne y la inmensa máquina de visiones, de signos que produce en un lugar situado vagamente por mí entre mi cabeza y mis pulmones. Yo no «empiezo» por «escribir»: yo no escribo. La vida hace texto a partir de mi cuerpo. Soy ya texto. La Historia, el amor, la violencia, el tiempo, el trabajo, el deseo lo inscriben en mi cuerpo, acudo al lugar donde se hace oír «la lengua fundamental», la lengua cuerpo en la cual se traducen todas las lenguas de las cosas, de los actos y de los seres, en mi propio seno, el conjunto de lo real trabajado en mi carne, captado por mis nervios, por mis sentidos, por la labor de todas mis células, proyectado, analizado, recompuesto en un libro. Visión: mi pecho como el tabernáculo. Abre. Mis pulmones como los rollos de la Torá. Pero una Torá sin fin cuyos rollos se imprimen y se despliegan a través de los tiempos y, sobre la misma Historia, se escriben todas las historias, los acontecimientos, los cambios efímeros y las transformaciones, yo entro en el interior de mí con los ojos cerrados, y eso se lee. Este leer es efectuado aquí por el ser-que-quiere-nacer, una pulsión, algo que quiere salir a toda costa, exhalarse, una música en mi gar-

ganta que quiere resonar, una necesidad por ende carnal, que me agarra la tráquea, una fuerza que contrae los músculos de mi vientre y tensa mi diafragma como si yo fuera a parir por la garganta, o a gozar. Y es lo mismo.

Este ser de aire y carne que se compuso en mí con millares de partículas significativas arrancadas de los diversos dominios de lo real, y enlazadas entre sí por mis emociones, mi rabia, mi alegría, mi deseo, es imposible decir de antemano lo que será, ni a qué se parecerá: así como es imposible prever las formas que adquirirán las lavas al enfriarse. Este ser toma la forma, el rostro literal que conviene a lo que de él quiere hacer sentido. Si quiere hacer sentir: guerra, luchas políticas, se vacía en una forma teatral. Si quiere hacer sentir duelo, joh, me has abandonado!, su cuerpo es sollozo, soplo entrecortado, blancos y crisis del *Adentro*. Si quiere estallar orgasmo expandirse rehacerse sumergirse se hace enteramente *Soplos*.

Lo que en mí se elabora largamente se inscribe surgiendo en una forma que me es impuesta.

Así cada texto otro cuerpo. Pero en cada uno la misma vibración: pues lo que de mí marca a todos mis libros recuerda que es mi carne la que los firma, es un *ritmo*. Médium mi cuerpo ritmado mi escritura.

Dos fuerzas me trabajan juntas, estoy bajo la tienda cósmica, bajo la tela de mi cuerpo y miro, soy el seno donde todo sucede. Y mientras veo escucho. Lo que sucede es simultáneamente canto. En cierto modo una ópera me habita. Lo que mi mano hace correr sobre el papel es lo que yo veo-oigo, mis ojos escuchan, mi carne escruta. Soy transgredida. Soy impulsada al límite. Una música me inunda, me inculca sus pentagramas. Soy infancia, mi madre canta, su voz de alto, ¡más, más! una bella lengua me lame el corazón, mi carne comprende el alemán que yo no comprendo. ¡Oh Lied! ¡Leid! ¡Canto y dolor, sangre y canto! ¡Leid! ¡Leib! Dolor y cuerpo. ¡Leib! ¡Leich! ¡Leis! Lay, himno, leche. ¡Lieb! Amor. Soy amada. Las letras me aman. Leise. Dulzura. Siento que soy amada por la escritura. ¿Cómo no voy a amarla? Soy mujer, hago el amor, el amor me hace, nos viene un *Tercer Cuerpo*, una tercera vista, y nuestros otros oídos, — entre nuestros dos cuerpos nuestro tercer cuerpo surge, vuela y va a ver más alto la cúspide de las cosas y en la cúspide se alza en dirección de las más altas cosas; se sumerge, nada entre nuestras aguas, desciende, explora el fondo de los cuerpos, desprende y corona cada órgano, conoce lo ínfimo y lo invisible — pero para que se escriba el tercer cuerpo es preciso que el

exterior entre y que el interior se abra. Si me tapas los oídos, si cierras mi cuerpo a la música exterior-interior, si interceptas el canto, entonces todo es silencio, el amor se queda sin aliento, se ensombrece, ya no me oigo gozar, estoy rota perdida. Lo que cae sobre el papel es lo que me entró en todo el texto por los oídos.

Primero, el canto de la madre el lay del alma no me cansaré nunca, entra, amor mío, aliméntame, mis almas tienen sed de tus voces, ahora me desbordo, ahora la expansión, salgo de mí en ríos sin riberas; luego, más tarde, uno emerge de su propio mar, alcanza una orilla. Corta. Entonces si uno quiere hacer libro, se equipa, talla, filtra, vuelve sobre sí, dura prueba, caminas sobre tus carnes, ya no vuelas, ya no fluyes, vas a paso largo, jardineas, hurgas, ah limpias y juntas, es la hora del hombre. Uno cierra, tira de los hilos, espesa la trama, ejecuta en estado de vigilancia el trabajo del sueño, trampea, condensa, apila, destila. ¿Y ahora cómo nombrar?

Uno sueña: «La mesa es redonda. Hablo cada vez más fuerte para tapar el ruido, meo cada vez más fuerte, hablo cada vez más fuerte, eso adquiere la fuerza de una cascada, escóndelo, hablo con más y más firmeza, una boca de agua abierta a grandes chorros, este discurso es filosófico, escóndelo, qué exceso, todas las miradas

sobre mí, una disertación, ¿qué conclusión tendrá?». Soñada.

¿Quién te sueña? ¿De dónde vienen los mensajeros que te confían en lenguas sin embargo extranjeras los secretos de los movimientos humanos, las nuevas de pueblos en los que nunca pensaste, que hacen morir en tu cuerpo tribus hambreadas, que te hacen amar niños nacidos de tu carne que no son los tuyos, que acogen bajo tu piel millares de enemigos anónimos que detestan tu vida, tu libertad, tu sexo? Y de sueño en sueño te despiertas cada vez más alerta, cada vez más mujer. Cuanto más te dejas soñar, más te dejas ser trabajada, más te dejas ser inquieta, perseguida, amenazada, amada, cuanto más escribes, más te libras de la censura, más se afirma, se descubre y se inventa la mujer. Y cada vez te llegan nuevas más numerosas, más expuestas, desnudas, fuertes. Porque hay lugar en ti para ellas. Cuanto más amadas son, más crecen y se extienden, se acercan, se dejan ver como nunca hasta ahora, más feminidad siembran y recogen.

Ellas te arrastran a sus jardines, te invitan a sus bosques, te hacen recorrer sus comarcas, ellas inauguran sus continentes. Cierra los ojos y ámalas: tu casa está en sus tierras, ellas te visitan y tú las visitas, sus sexos te prodigan sus secretos. Lo

que no conocías ellas te lo enseñan y tú les enseñas lo que de ellas aprendes. Si las amas, cada mujer se agrega a ti, y tú devienes más-mujer.

Tu inconsciente femenino singular: un inconsciente, como el de todo ser humano, formado transculturalmente. Recortado en la Historia, señalado por tus testigos, de tu libro mágico con más de un autor, lo real escribe una parte, tacha, escoge, disimula otra, nacional y transnacional, milenario e instantáneo, un dedal de costura, un continente cosido sexo, tus cien orígenes programan la carne de sueño. Y esta carne, sobrehistorizada, convertida en museo, recortada en todo sentido, sobrelamida, es una carne femenina; en ella la «mujer» proyectada por la Ley, herida por los mismos golpes de censura que tallan para toda mujer un imaginario sobre patrón, — más o menos ceñido, ajustado, encarcelador; esta «mujer» pequeñez-cultura se encuentra con la mujer singular grandor-vida, semejante a la mujer general. En el movimiento de su economía pulsional, como ella, virtualmente, sobreabundancia y dispersión, pero diferente como un texto de otro texto.

Escribe, sueña, goza, sé soñada, gozada, escrita.

Y todas las mujeres sienten, en la oscuridad o la luz, lo que ningún hombre puede experi-

mentar en su lugar, las incisiones, los nacimientos, las explosiones en la libido, las rupturas, las pérdidas, los goces en nuestros ritmos. Mi inconsciente está enchufado a tu inconsciente.

Pregúntate:

— ¿Cómo haces para que el sentido circule cuando lo que se presenta es el significante, la escena, el torrente de sonidos carnales, alucinantes? ¿Quién se te sube a la garganta, a los músculos?

— Cómo lo que me afecta llega al lenguaje, y sale todo-enunciado, yo no lo sé. Lo «siento»,* pero este es propiamente el misterio, lo que el lenguaje es incapaz de hacer pasar.

Todo lo que puedo decir de esto es que la «llegada» al lenguaje es una fusión, un vaciado en fusión, si hay «intervención» de mi parte es en una suerte de «posición», de actividad — pasiva como si yo me incitara: «déjate hacer, deja pasar la escritura, déjate mojar; limpiar, relájate, hazte río, lámelo todo, abre, desatranca, levanta las compuertas, rueda, déjate envolver. . .». Una práctica de la más grande pasividad. A la vez una vocación y una técnica. Esta pasividad es nuestra manera —en verdad activa— de conocer las cosas dejándonos conocer por ellas. Tú no

* *Sens*: «sentido», pero también primera persona del singular del verbo «sentir». (N. de la T.)

buscas dominar. Demostrar, explicar, captar. Y entonces enjaular. Embolsar una parte de la riqueza del mundo. Sino transmitir: hacer amar haciendo conocer. A tu turno quieres afectar, quieres despertar a los muertos, quieres recordarles a las personas que en otro tiempo lloraron de amor, y temblaron de deseos y que estaban entonces cerquita de la vida y que desde entonces pretenden sin tregua alejarse de ella.

Continuidad, abundancia, deriva, ¿es esto específicamente femenino? Así lo creo. Y cuando semejante torrente se escribe desde un cuerpo de hombre, significa que en él la feminidad no está prohibida. Que él no fantasea su sexualidad alrededor de un grifo. No le preocupa quedarse sin agua, no recurre a su bastón mosaico para escalar los peñascos. Dice: «Tengo sed», y la escritura brota.

Hundirse en la propia noche, tener con lo que sale de mi cuerpo la misma relación que con el mar, aceptar la angustia de la sumersión. Hacer cuerpo con el río hasta los rápidos más bien que con la barca, exponerse a este peligro, es un goce femenino. Mar tú retornas al mar, y ritmo al ritmo. Y el constructor: de polvo en polvo a través de sus monumentos erigidos.

La feminidad de un texto no se deja reunir en conjunto ni señalar con flechas. ¿Quién le pasa-

rá el freno a la divagación? ¿Quién traerá el afuera a los muros?

Como si yo viviera en conexión directa con la escritura, sin relé. En mí el canto pero que, apenas emitido, accede al lenguaje: un flujo inmediatamente texto. No hay corte, sonisentido, cansonido, sangción,* todo está escrito desde siempre, todos los sentidos están echados. Más tarde si salgo de mis aguas toda chorreante de mis placeres, si vuelvo a remontar mis riberas, si observo desde mi orilla los retozos de mis pescesueños, percibo las figuras innumerables que producen en su danza; ¿no basta que corran nuestras aguas de mujeres para que se escriban sin cálculo nuestros textos salvajes y populosos? Nosotras mismas en la escritura como los peces en el agua, como los sentidos en nuestras lenguas y la transformación en nuestros inconscientes.

* En el original, *sonsens, chantson, sangson*. (N. de la T.)

Colección *Nómadas*

Pierre Alféri, Buscar una frase

Alain Badiou, De un desastre oscuro. Sobre el fin de la verdad de Estado

Alain Badiou, En busca de lo real perdido

Alain Badiou, Filosofía y política: una relación enigmática

Alain Badiou con Fabien Tarby, La filosofía y el acontecimiento. *Seguido de una Breve introducción a la filosofía de Alain Badiou*

Alain Badiou, Slavoj Žižek, Filosofía y actualidad. El debate

Alain Badiou y Barbara Cassin, Heidegger: el nazismo, las mujeres, la filosofía

Alain Badiou y Barbara Cassin, No hay relación sexual. Dos lecciones sobre «L'Étourdit» de Lacan

Jean Baudrillard, El complot del arte. Ilusión y desilusión estéticas

Walter Benjamin, La obra de arte en la época de su reproducción mecánica

Remo Bodei, La vida de las cosas

Massimo Cacciari, El poder que frena. Ensayo de teología política

Massimo Cacciari, Occidente sin utopías

Georges Charbonnier, Entrevistas con Claude Lévi-Strauss

Hélène Cixous, La llegada a la escritura

Jacques Derrida, Aprender por fin a vivir. Entrevista con Jean Birnbaum

Jacques Derrida, Carneros. El diálogo ininterrumpido: entre dos infinitos, el poema

Jacques Derrida, Khôra

Jacques Derrida, Otobiografías. La enseñanza de Nietzsche y la política del nombre propio

Jacques Derrida, Pasiones

Jacques Derrida, Salvo el nombre

Roberto Esposito, El dispositivo de la persona

Alain Finkielkraut y Peter Sloterdijk, Los latidos del mundo. Diálogo

Martin Heidegger, La pobreza

Marc Jimenez, La querella del arte contemporáneo

Maurizio Lazzarato, Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capitalismo neoliberal

Maurizio Lazzarato, La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal
Pierre Legendre, Dominium Mundi. El Imperio del Management
Pierre Legendre, El tajo. Discurso a jóvenes estudiantes sobre la ciencia y la ignorancia
Pierre Legendre, La fábrica del hombre occidental. *Seguido de* El hombre homicida
Pierre Legendre, Lo que Occidente no ve de Occidente. Conferencias en Japón
Jean-Luc Nancy, A la escucha
Jean-Luc Nancy, El intruso
Jean-Luc Nancy, La mirada del retrato
Jean-Luc Nancy, La representación prohibida. *Seguido de* La Shoah, un soplo
Jean-Luc Nancy, La verdad de la democracia
Jean-Luc Nancy, Tumba de sueño
Mario Perniola, Contra la comunicación
Mario Perniola, La sociedad de los simulacros
Mario Perniola, Milagros y traumas de la comunicación
Jacques Rancière, El odio a la democracia
Myriam Revault d'Allonnes, El hombre compasional
Paul Ricœur, El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología
Aldo Schiavone, Historia y destino
Peter Sloterdijk, Derrida, un egipcio. El problema de la pirámide judía
Duccio Trombadori, Conversaciones con Foucault. Pensamientos, obras, omisiones del último *maitre-à-penser*
Paul Virilio, El accidente original

Colección *Mutaciones*

Alain Badiou, El nihilismo contemporáneo. Imágenes del tiempo presente I (2001-2002)

Alain Badiou, Lógica de las excepciones. Imágenes del tiempo presente II (2002-2003)

Alain Badiou, ¿Qué es vivir? Imágenes del tiempo presente III (2003-2004)

Alain Badiou, Lacan. La antifilosofía 3 (1995-1995)

François Balmès, Lo que Lacan dice del ser (1953-1960)

Jean Baudrillard, El pacto de lucidez o la inteligencia del Mal

Judith Butler, Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad

Georges Canguilhem, Escritos sobre la medicina

Gilles Deleuze, Presentación de Sacher-Masoch. Lo frío y lo cruel

Jacques Derrida y Maurizio Ferraris, El gusto del secreto

Roberto Esposito, Bíos. Biopolítica y filosofía

Roberto Esposito, Communitas. Origen y destino de la comunidad

Roberto Esposito, Desde fuera. Una filosofía para Europa

Roberto Esposito, Dos. La máquina de la teología política y el lugar del pensamiento

Roberto Esposito, Immunitas. Protección y negación de la vida

Roberto Esposito, Pensamiento viviente. Origen y actualidad de la filosofía italiana

Roberto Esposito, Política y negación. Por una filosofía afirmativa

Roberto Esposito, Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal

René Guitart, Evidencia y extrañeza. Matemática, psicoanálisis, Descartes y Freud

Jean-Claude Milner, El paso filosófico de Roland Barthes

Jean-Claude Milner, El periplo estructural. Figuras y paradigma

Jean-Luc Nancy, Las Musas

Myriam Revault d'Allonnes, El poder de los comienzos. Ensayo sobre la autoridad

Myriam Revault d'Allonnes, Lo que el hombre hace al hombre. Ensayo sobre el mal político

Gérard Wajcman, El objeto del siglo

Otros títulos de esta editorial

Theodor W. Adorno, Consignas

Gaston Bachelard, Estudios

Gaston Bachelard, La filosofía del no

Georges Canguilhem, Estudios de historia y de filosofía de las ciencias

Gilles Deleuze, Diferencia y repetición

Gilbert Durand, La imaginación simbólica

Maurizio Ferraris, Introducción a Derrida

Lucien Goldmann, Introducción a la filosofía de Kant.

Max Horkheimer, Teoría crítica

Leszek Kolakowski, La presencia del mito

Kurt Lenk, El concepto de ideología. Comentario crítico y selección sistemática de textos

Anne Sauvagnargues, Deleuze. Del animal al arte

Leo Strauss, El renacimiento del racionalismo político clásico

Charles Taylor, La libertad de los modernos

François Zourabichvili, Deleuze. Una filosofía del acontecimiento

HÉLÈNE CIXOUS LA LLEGADA A LA ESCRITURA

«Hay una lengua que yo hablo o que me habla en todas las lenguas. Una lengua a la vez singular y universal que resuena en cada lengua nacional cuando quien la habla es un poeta. En cada lengua fluyen la leche y la miel. Y esa lengua yo la conozco, no necesito entrar en ella, brota de mí, fluye, es la leche del amor, la miel de mi inconsciente. La lengua que se hablan las mujeres cuando nadie las escucha para corregirlas.»

El breve texto que aquí se propone, una prosa poética, emotiva y encendida a la vez, guía al lector por un trayecto que, iniciado en las vivencias de la lengua materna y del exilio geográfico y lingüístico, se afianza en la experiencia de la escritura como nacimiento y maternidad para culminar, definitivamente sentados sus derechos, en el libre pero regulado goce de su ejercicio. Novelista, ensayista y dramaturga francesa nacida en Argelia, la autora refleja en su obra las influencias recibidas del estructuralismo y del psicoanálisis, puestas centralmente al servicio de un tema al que dedica su fervorosa pero sutil reflexión: la escritura femenina.

HÉLÈNE CIXOUS, figura eminente del feminismo de la diferencia en Francia, es una de las escritoras de mayor relevancia en la actualidad. Profesora en la Universidad de Vincennes y luego en el Collège International de Philosophie de París, es autora de numerosas obras de ficción, teatro y ensayos, y ha recibido distinciones honoríficas de diversas universidades europeas y norteamericanas.

ISBN 978-950-518-678-5



9 789505 186785

Amorrortu/editores

Cubierta: Diseño A